VIGIL DÍAZ

Lilís y Alejandrito

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

EDITORA MONTALVO — Ciudad Trujillo, R. D. — 1956

VIGIL DÍAZ

Lilís y Alejandrito

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EDITORA MONTALVO — Ciudad Trujillo, R. D. — 1956

Para Nonon!
COLECCION
"MARTINEZ BO
SANTO DOMINGO, REP. DOMINICANA
con cariño
Virgilio Diaz

33106

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTO DOMINGO, R. D.

7-4-72

BN
868.42
D542li
e.1

LIBROS PUBLICADOS

GONDOLAS
MISERERE PATRICIO
DEL SENA AL OZAMA
GALERAS DE PAFOS
OREGANO (CUENTOS)
MUSICA DE AYER (POESIAS)
LILIS Y ALEJANDRITO

EN PREPARACION

EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS
FATAMORGANAS
CARBONES Y DIAMANTES (POESIAS)
PANTERAS RUBIAS Y ALIMAÑAS NEGRAS.
COMPRIMIDOS Y SENTENCIAS

Compra Martínez Borges 2-4-72

Reg. No. 001560

DEDICO ESTE LIBRO AL GENERALISIMO TRUJILLO, PORQUE COMO EL AGUILA CAUDAL DE LAS ORILLAS DEL RUBICON: VINO, VIO, LO VENCIO TODO Y A TODOS. NO HAY VERDAD MAS INCONCUSA Y PROFUNDAMENTE LEAL Y SINCERA.

V. D.

Indice

	Pág.
Dedicatoria	7
Al lector	11
El Cabao	15
De los Seis Años	23
Un Calambous	29
La Revolución de Moya	33
Una evocación frustrada	37
El fiao	41
El General Cuyaya	47
Las Píldoras de Zocotó	53
La Espada de Honor	59
La Prudencia	61
El Araguato	63
El Tramojo	67
Un Consejo	69
Una Fábrica de Sombreros	71
No Meneallo	75
Una Caldera	77
Un Cochero	79
El General Barba Cufá	81
Expedición punitiva	83
El último viaje	87
Alejandrito	91

BNPHO

	Pág.
Candé	95
Timoteo	99
¿Quién Vive?	103
Un espejismo	105
Una polka	109
Un matrimonio	113
Un Oficio	117
Ron Toribio	119
Bayahonda	123
El miedo de arriba	127
Un Brumelle	129
El Vaticano	131
Gotarrodona	135
Una Asamblea	137
Una Vice-Presidencia	139
El pleito de Moca	141
Una Montería	145
Las presentaciones	149
Una Jubilación	153
Un Sombrero	155
El eclesiastés	157
Una gripe	159
Un Consejo Honrado	161
El Cuadrao	163
El Pica-pleitos	167
Patente	169
El Talento	171
Un Genio	173
El último Adiós	177

BNPHU

AL LECTOR

No recordamos si fué Tucídides, el más grande de los historiadores griegos, o Tito Livio, el patricio ardiente y de elegante estilo, quien dijo: "La historia tiene los labios y el corazón de bronce". Lo que sí recordamos con precisión, fué lo que dijo el íntegro y honorable Cayo Suetonio Tranquilo, el secretario particular del estético y morboso emperador Adriano, a su amigo Plinio el joven, en elegante epístola, cuando éste lo elogió y lo reconvino a la vez, por su Historia de los "Doce Césares": "Clío es una musa fría y exacta como un cálculo matemático, e inexorable como un cadalso". Por eso, no encontrarás en estas páginas autopsias ni disecciones. Este es un libro de anécdotas jocundas, de sonrisas y de risas, de los dos hombres más notables del año tempestuoso y mandibulario de 1881, en la República Do-

minicana. Donde la sangre de la guerra fratricida, de las hecatombes humanas y de los patíbulos, llegó hasta las cinchas y frenos de los caballos de guerra, inundando, sacrílegamente, los cristianos y pacíficos cementerios.

Lilís nació, se crió y murió, peleando como un león, en los linderos de la selva. Cuando la muerte se le enfrentó vengativa e inexorable, supo recibirla como un Atrida. Cayó, con la augusta dignidad de Julio César junto al plinto de la estatua del desdichado general Pompeyo: sin manchar, ni descomponer la túnica de púrpura, con la que tan virilmente se envolvía.

Su gracejo era instintivo y amable, pero a veces peligroso. Era un alfabetoide, que sabía leer y escribir. Alejandrito se educó en el "Colegio San Luis Gonzaga" y se reeducó, intelectualmente, a la sombra de don Juan Bautista Morel, el más virtuoso y culto de los hombres del Este.

Lilís no leyó nada. Alejandrito lo leyó todo, por eso, sabía de todo como el filósofo Crisipo de Tarso. Era un erudito, ávido siempre del veneno encantadoramente fatal de los libros. Como Mahoma y Epicteto, el filósofo y esclavo de Heliópolis, no escribió nada, absolutamente nada.

Lilís era un irradiante y magnético. Alejandrito era un sugestivo e irresistiblemente atrayente, de una at-

mósfera personal inigualable. El humorismo de Alejandrito era ático. Viajó por Europa. Vivió y murió —ya integralmente evolucionado— junto a su sabia biblioteca, como Petrarca, con la frente hundida en las páginas de los libros. Buscando las diferencias esenciales del "Cantar de los Cantares", entre el sanscrito y otras lenguas antiguas. Las de Virgilio y Horacio, del griego al latín y del latín al castellano. Murió en el tibio y plácido seno de su hogar, con la serenidad de un viejo filósofo estoico, respetado por todos. Pero, con un recóndito y mortificante remordimiento, con "unas piedrecitas en la badana del sombrero", como solía decir él. En esa depuración de la conciencia, después de haberse deleitado con las músicas de los Jardines de Academus, *y recreándose en los raciocinios del* Liceo, *buscando, inútilmente, como el escéptico Pirrón, la inefable placidez de la* ataraxia del Peripato.

A la grupa del caballo de guerra del general Luperón, ascendió, combatiendo, Lilís, su lugarteniente. A la grupa del caballo de guerra de Lilís, ascendió, combatiendo, Alejandrito, su lugarteniente. Lilís era un valor intrépido, impulsivo. Alejandrito tenía un valor sereno, intelectualizado, reflexivo, eutropélico. Lilís era el más audaz conductor de tropas, el primer estratega instintivo de su época. Alejandrito había leído en latín, a los diecinueve años, los "Comentarios de la campaña de las Galias", escrita por Julio César, la obra militar

más grande del mundo, la que tenía debajo de su cabezal, el general Bonaparte. Lilís era un águila caudal, que tenía que volar en una atmósfera de tempestad, cargada siempre de relámpagos, truenos y centellas. Alejandrito era un cóndor que planeaba en una atmósfera serena, alciónica.

Pensamos con René Marán, el autor de "Batuala", que el hombre no vale por el color de su piel, sino por las condiciones de su cerebro, de su corazón y de su masculinidad, esto es, por su talento, su bondad y su valor, que para los griegos de Salamina, Platea, Maratón, y de los heroicos desfiladeros de las Termópilas, era la primera virtud humana. Somos por temperamento, por educación y por cultura, negados a toda preocupación racial, prefiriendo siempre a un hombre de color, dotado de las virtudes de que nos habla el autor de "Batuala", a un blanco, si este es un imbécil, un malvado o un cobarde.

GENERAL ULISES HEUREAUX (Lilís)

EL CABAO

Las lomas del *Cabao* fueron para Lilís y Alejandrito, lo que fué la llanura de *Marengo,* para el general Bonaparte. La batalla donde perdió la vida el joven e intrépido general *Desaix,* le abrió a Napoleón el camino del trono imperial. El sangriento combate del *Cabao,* le abrió a Lilís el camino de su satrapía férrea y le dió a Alejandrito, una presidencia plasmada en el mismo ovario teratológico.

Derrotado el ejército revolucionario, en el reñido encuentro de "La Lechuza", levantó el general Cesáreo Guillermo, su campamento de Hato Mayor, acompañado de un miedo regorfado en el subconsciente, debido a la derrota del inolvidable "Porquero"; y se acampó de

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO

nuevo en el pueblo del Seybo, cabecera de la Provincia, a reorganizarse y *atajarle* el paso al Gobierno.

Informado por el espionaje, de que Lilís marchaba nuevamente sobre él, con la maligna intención de envolverlo, acorralarlo, cogerlo vivo, para traerlo a la Capital, Cesáreo no esperó la nueva embestida, y levantando sus reales, otra vez, fué a acamparse, precipitadamente, al estratégico *Cabao,* y después de un pequeño tiroteo, las fuerzas del Gobierno, ocuparon el Seybo.

Lilís, después de espiarlo bien, intentó atacarlo, en su casi inexpugnable posición. Pero como le quedaban pocas municiones, las necesarias para mantenerse a la defensiva, y no para una operación de esa envergadura, dejó una pequeña guarnición en la plaza, y se salió con todo el grueso de sus tropas, a acamparse en el corazón del *Hato del Prado,* a esperar el convoy que le había pedido con urgencia al Gobierno, próximo a llegar, según informe del último expreso que recibió.

Lilís tenía intención de atacar a Cesáreo, de frente, pero Alejandrito, su lugarteniente, con el único que cambiaba impresiones militares y políticas, le hizo ver lo imprudente de su plan, pues Cesáreo estaba atrincherado en una meseta rodeada por el río *Soco.* La ventaja estaba en caerle por la retaguardia, de sorpresa, atravesando la loma de los *Negros,* como hizo Aníbal Barca en los Alpes.

—Estoy con Ud., *Frercito,* pero y los prácticos?

—Yo tengo aquí uno mejor que Cortico, el práctico de Cesáreo, le dicen *Gato Alzao,* porque siempre ha vivido trajinando en los atajos de esas lomas, sin venir nunca al pueblo.

Estaba Lilís acostado en una cocina vieja, como a eso de las cinco de la tarde, sobre unas árganas, teniendo como cabezal un aparejo *ripiao, hediondo a mataduras y cebo de carreta,* cuando entró Alejandrito a encender un cigarrillo, en un fogón medio apagado. Cuando vió a Lilís, que *chupaba su cachimbo,* con un pañuelo *amarrao* en la tusa, le preguntó:

—Qué es eso, *Frercito,* Ud. está enfermo?

—No *Frercito,* le contestó Lilís, lo que tengo es un sueño del diablo, pero no quiero *descabezarlo,* hasta que Ud. mismo sea quien organice el servicio de centinelas, *pues aquí no puede entrar ni salir un ratón.*

—Bueno, duérmase y déjeme eso a mí, y salió.

Una hora después, regresó a la cocina a encender otro cigarrillo y encontró a Lilís, despierto, con los ojos felinos, fijos en la cumbrera del rancho.

—Cómo! Ud. está todavía despierto?

—Sí, pensando en el jefe Cesáreo y en el día que nos espera mañana.

—Esto está, le contestó Alejandrito, como un papel de música.

—Bueno, pero a quién le confió Ud. la *imajinaria?*

—Al coronel (no recordamos el nombre).

Lilís se incorporó agarrándose la cabeza, y le dijo:

—Estamos *perdío, Frercito.*

Por qué?, le contestó Alejandrito. El coronel es un hombre valiente y serio, Ud. lo sabe mejor que yo.

—Yo lo sé *Frercito, pero eto* no es *cuestión* de valor y *seriedá eto es cuetión de la color: Ud. sabe que esta pinta* —y se pasó un dedo sobre el dorso de la *mano ñoca— cuantico se echa el sol, nos dormimos hasta atravesando un río botao. Póngamele* al Coronel un *retén blanco, de San Carlos, que no son meturao; si no, no duermo.*

En ese mismo momento graznó una lechuza sobre la cumbrera del rancho.

—Acucha esa malvá!

Alejandrito sonrió y le dijo: —Ese es un aviso del diablo, tenemos que andar con cuidado.

Cuando las campanas ladinas de la iglesia del Seybo, dieron las nueve, ya estaban revistadas las tropas, por Lilís y por Alejandrito; y media hora después estaban en marcha, advertidas de que no se podía fumar ni hablar.

En medio de un silencio grave, Lilís, como siempre, ocupó la vanguardia, llevando a su lado al práctico, *Evaristo de la Cruz,* que ese era el nombre de pila de *Gato Alzao.*

Le seguía su Estado Mayor de Guerra, quince fieras cibaeñas y la *Media Brigada de Neyba, su tropa favorita.* El centro, compuesto de una compañía del *Batallón Ozama,* al mando del valiente capitán Arturo Mota, capitaleño, y la tropa de Azua, al mando del valiente y calmoso general Juan de Vargas. lo comandaba Alejandrito.

La Retaguardia, las tropas de San Francisco de Macorís, al mando del joven general José Dolores Pichardo Betancourt (Loló) Gobernador de esa provincia. Las del Este, al mando del general Ramoncito Castillo.

La extrema retaguardia, los *Cazadores de la Vega* y medio batallón del *Yaque,* al mando de los coroneles Polo Balbuena y Bruno Marmolejos, los veteranos del *Sillón de la Viuda* y de *Porquero* y de *Las Lajas,* por si había una retirada forzosa, como las de los *Diez Mil,* y garantizar el resto del parque, que iba transportado a lomo de bueyes, con aparejos y árganas, por indicación de Alejandrito, ya que los bueyes son más discretos que los caballos, porque no relinchan, como le dijo a Lilís.

EL COMBATE

Entre dos luces, ya aclarando, la vanguardia atacó la trinchera más peligrosa, por su posición estratégica, defendida por el general Quintín Díaz y el general Vidal Méndez. y los coroneles Vasallo Chalas, y el mulato

de Curacao, *Yojansen*, quien había dicho en el Seybo, *que él mataba a ese negro manque fuera brujo y estuviera arreglao.* Veinte minutos de fuego, y al coger Lilís la trinchera, el Coronel Yojansen, le pegó una de las balas de su rifle en la nuca, entre cuero y carne. Lilís dió dos o tres vueltas, medio dislocado, como un gallo que le dan un golpe de Estebanía, y cayó sobre una piedra grande. Alejandrito al ver la tropa apelotonada, se dió cuenta de que algo muy gordo pasaba, que Lilís estaba mal herido o muerto, y le gritó al general Juan de Vargas, que se tirara al río, que estaba bajito, y franqueara al enemigo por su ala derecha. Y le ordenó al Capitán Mota, que avanzara sobre la trinchera a la carga, con su tropa de línea. Cuando Alejandrito vino a llegar a la línea de fuego ya Lilís estaba parado, con los ojos terriblemente electrizados, fosforescentes, como los de un tigre herido, con el sable en la diestra, dando vueltas y gritando: *¡Palante muchachos! carajo, que ya están derrotados, palante!!....*

Una hora más de fuego, y el General Cesáreo —que no estaba personalmente en la acción, *porque se había ido a dormir a un conuco lejos,* acompañado de su práctico Cortico, se fué monte a monte, rumbo a la Capital. La revolución, acéfala, sin jefe ya, cogió rumbo a Higüey, donde Lilís capturó a los jefes secundarios, y los pasó por las armas, impíamente. Después de la acción le estancaron la sangre con excremento seco de vaca, que es

un gran hemostático, y lo llevaron a un rancho para ponerle una mecha con los *hilos del ñango* de un soldado, empapada con su sumo de maguey de bestia, que es un antibiótico formidable. Cuando estaban en esta operación terapéutica, Alejandrito se quitó un *fular* de seda azul, que tenía amarrado en la cabeza, al estilo de los soldados del libertador Santana, de los lanceros y macheteros de *Seño* Pedrito. y le dijo:

—Ud. ve Frercito, por poco nos *fuñimos*, por coger Ud. la vanguardia.

Lilís lo miró y le contestó:

—Ud. tiene razón, Frercito, pero hay veces que uno mismo tiene que picar su carga de andullos, por grande y pesada que sea....

Alejandrito le contestó entonces magistralmente, con gracejo, por si esto tenía alguna intención:

—Estando Napoleón Bonaparte acampado a orillas del Danubio Azul, soñó que un gato prieto le había pasado por entre las piernas y esto bastó para posponer la batalla para otro día, y con todo eso, en los primeros tiros lo hirieron en un pie. ¿Ud. no se recuerda del grito de la lechuza en la cumbrera del rancho del Prado? Por poco le rompen la tusa!!....

DE LOS SEIS AÑOS

Cuando el cartaginés Amílcar Barca, ya con los arreos militares puestos para salir a campaña, al despedirse de su hijo Aníbal, que era un niño, éste sentándose en las piernas del guerrero, se le colgó del pescuezo, y besándolo, le suplicó llevarlo a la guerra.

El general le dijo que no, porque era muy tierno. Aníbal, el vencedor de "Sagunto" rompió a llorar. Cuando Lilís supo que en la Línea del Sur, se estaba peleando duro, le dijo al general Luperón:

Papá, yo quiero trabajar. Deme una carta para el general Cabral.

Y Luperón se la dió. Tres días después, salió de loma en loma, y de atajo en atajo, para la Línea del Sur.

Un día, a la una, se presentó Lilís en la avanzada del Cantón General, Cabral, requiriendo ver al general Wenceslao Ramírez, Jefe del Estado Mayor del general Cabral, quien le hizo llegar a su presencia, y le preguntó, en qué andaba, y en qué podía servirle.

—Yo traigo una carta del general Luperón, pero con orden de entregarla personalmente al general Cabral. El general Wenceslao le contestó:

—Ud. no puede verlo ahora, porque el general está durmiendo su siesta. Si Ud. quiere, siéntese hasta que se despierte.

Cuando el General Ramírez vió que le llevaban el café, fué a ver al General Cabral, para informarle que un joven procedente de Puerto Plata quería entregarle una carta del General Luperón.

—Dígale que pase.

Y se incorporó lentamente en su hamaca para recibirlo.

—En qué puedo servirle, joven?

Lilís se cuadró militarmente, y después de saludarlo, hurgando en su chamarra limpísima y aplanchada, le dijo:

—General, esta carta le manda papá.

El General Cabral, con su calma temperamental, abrumadora, abrió la carta, la leyó y llamando al Gene-

ral Ramírez le ordenó que *acotejara* bien a ese joven por ahí, hasta segunda orden.

Pasó una semana y Lilís, que había nacido para la guerra, como Aníbal Barca, oía el ruido y veía el trajín de las armas, sin poder entrar en acción, sin poderse *topar*, como diría el General Gollito Polanco. Lilís impaciente por entrar en fuego se dirigió al General Wenceslao, suplicándole decirle al Jefe, que él había venido a pelear y no a estar de ocioso, que le diera una guerrilla. El General Ramírez, a quien le había caído liviano el negrito de Puerto Plata, por limpio y bien *plantao*, se lo comunicó al Jefe, quien se sonrió imperceptiblemente, diciéndole:

—Está bien, el domingo, después de la revista general, ponga bajo las órdenes del Coronel Heureaux veinte y cinco o treinta hombres, para probarlo, ya que es de los muchachos del General Luperón.

Tuvo efecto la revista general del domingo. El General Cabral, acompañado del General Ramírez, revistó las tropas, que estaban formadas en la Sabana, y antes de que el *cornetín de órdenes tocara rompan filas*, el General Wenceslao le dijo a Lilís:

—Joven, Ud. puede escoger veinte y cinco hombres de la tropa.

Lilís lo saludó militarmente y cogiendo una de las cabezas de la columna, mirando a los soldados, al llegar

al otro extremo de las fuerzas, regresó más despacio, diciéndole a los soldados:

—Salga Ud., salga Ud., salga Ud.....

Y seleccionó veinticinco fieras. Cuando terminó, se le acercó el General Wenceslao, y asombrado y complacido a la vez, le dijo:

—Joven, yo lo felicito; pero, dígame, quién le dijo a Ud. que esos hombres son los más *guapos* que tenemos?

Lilís, que sin duda alguna era un psicólogo y un fisonomista, certero como Bonaparte, le contestó:

—Nadie, General, *e que los caballos se compran por el color del pelo, y los hombres guapos se conocen por el jilo y por los ojos....*

Una semana después, toparon el pollo de la traba del General Luperón. Valentín Báez, el primer estratega de los rojos, se colocó en el paso de *Quita Coraza,* tratando así de cortarle a la revolución toda clase de aprovisionamientos de los lados de Haití. El héroe de la *Sabana de Santomé* y de *La Canela,* se dió cuenta de la intención del Gobierno, y al efecto, destacó una columna al mando de los Generales Timoteo Ogando, y Andrés Ogando, de quien dijo el General Cabral, *que la mujer que pariera otro hombre tan guapo como Andrés, se le secaban los ovarios.* El General Andrés Ogando y el Co-

ronel Heureaux, ocupaban la vanguardia. Herido Andrés Ogando, seriamente, el Coronel Heureaux tomó automáticamente el mando y después de una estrategia sorprendente, flanqueó al enemigo y tiro a tiro, y cuerpo a cuerpo, lo desalojó de su inexpugnable posición, restableciendo las comunicaciones....

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

UN CALAMBOUR

Para capear el chicote de los baecistas de Puerto Plata, Lilís abandonó, clandestinamente, su pueblo natal, y fué a parar a *Juana Méndez,* en uno de cuyos campos se traspapeló completamente, estableciendo una pulpería de víveres y telas de fantasías, la que bautizó con el pomposo nombre del "BON MARCHE". Allí conoció a una mulata rayana, una de esas mulatas *de ojos de venao,* hermosa y armoniosa como una Venus cincelada en un trozo de ámbar quemado.

Queremos decir también, porque es oportuno, que contrariando las leyes que dominan y rigen el amor, como diría el profesor Segismundo Freud, "el pontífice del álgebra del alma", a Lilís no le gustaban las mujeres pequeñas ni las blancas por rubias que fueran. Estas

las utilizaba para complacer su complejo racial, magníficamente disimulado, o para sus intereses políticos o como un lujo.

En cambio, le encantaban las mujeres grandes, hermosas y de su pinta, que eran las que le daban líbido....

Polén, que así se llamaba la mulata hechicera *de ojos de venao,* era casada con un hombre joven, trabajador, honrado y serio, a quien Lilís respetaba por sus virtudes y los beneficios que le había prestado.

Empujado por una revolución, Lilís liquidó el "BON MARCHE", y con la misma discreción con que vino, con esa misma, se fué una noche oscura, sin saberse dónde fué a parar.

Años después, el Presidente de la República Dominicana, asistía en la frontera, a una entrevista política con el Presidente de la República de Haití, para amarrarle y *apretarle bien los tramojos* a sus respectivos enemigos, todo en beneficio de ambos Estados vecinos y *hermanos de padre.*

Al regresar Lilís para embarcar en su buque insignia, anclado en la plácida bahía de Monte Cristi, quiso ver y abrazar a su comadre Polén y a su esposo, a quien tanto respetaba. Cuando llegaba a la puerta del bohio amplio y limpio, rompió un aguacero diluviano, que duró más de una hora.

El Presidente Lilís, que no acostumbraba a beber, se vió obligado a tomar varias copas de cerveza, porque *la champaña*, según decía él, le *apretaba la cabeza y le hacía zumbar los oídos*. Le atacaron unas ganas irresistibles de hacer aguas menores tan fuertes que por poco le revienta la vejiga. Gracias a la confianza que le brindaba su comadre Polén, la llamó, discretamente, diciéndole en el tronco del oído, que tenía una gran necesidad de hacer *pipí*.

—Sígame, *compé*, le dijo, y llevándole al fondo de su aposento, le puso en las manos un *pot de nuit*, que más que un *vaso de noche*, parecía la sopera de Luis XIV, *pot de nuit* muy ramiado, precioso, que Polén había comprado en el *marché del Guarico*. Cuando se vieron de nuevo en la sala, Polén le pidió excusa por el tamaño desmesurado de su *ánfora nocturna*.

Lilís le contestó muy sonreído:

—*Pa per ma come moin conai que soise aux grands desoin nids grands*.

—Oh compé!.... touyour vagabón....

Y se rió estrepitosamente....

LA REVOLUCION DE MOYA

Corrían los acontecimientos del año 1886. El General Casimiro Nemesio de Moya, había pronunciado la ciudad de La Vega, donde situó su cuartel militar y político, para esperar a Lilís, con la intención de batirlo; y al efecto, contaba con el General Cartagena, tenido como la espada más brillante del Cibao; y con los Generales Benito Monción y Félix Tavares, los más prestigiosos de la Línea Noroeste. Lilís por su parte, también se aprestaba para batir la revolución; para el efecto, reconcentró y organizó una fuerte columna con las tropas de la Capital, del Este y Sur de la República. Enterado Lilís, por su espionaje de que un diputado —ignoramos cuál provincia representaba— muy moyista, pero amigo particular de Lilís, tenía su caballo ya en el patio, listo

para salir muy de madrugada, rumbo a La Vega, Lilís, quien manejaba maravillosamente bien el espionaje y el soborno, sus dos fuerzas favoritas, le mandó decir con un gran amigo moyista, que ya estaba *bajeado* por el negro, que quería verle después de las nueve de la noche para tratarle un asunto de gran interés, pero que viniera solo, que no dejara de verlo. A la hora indicada se presentó el diputado; Lilís lo abrazó, le brindó un trago de ron de Baní y varios tabacos de La Habana, pues al diputado le gustaba mucho traquetear y fumar.

—Esa botella y esa cajita, llévatelas para el camino, para que pises la tortilla, como le dicen los cibaeños al macuto.

—¿Qué camino es ese Lilís, si no voy a parte?

—Como no, si tú te vas de madrugada; siéntate que nosotros dos aquí solitos, vamos a comernos un barril de sal de Neyba, puñao a puñao, de *hombre a hombre*, y se sentaron frente a frente. Lilís le puso las manos sobre la rodilla y le dijo:

—En política el que se acuesta de un solo lao, se pela; *acúchame* lo que voy a decirte: Si los tuyos ganan conservarás tu diputación; y si yo gano, te doy mi palabra de caballero, de que tú serás diputado. Pero eso sí, tú tienes que hacerme este servicio, poca cosa, *casi ná*. Cuando tú llegues a La Vega, y te pregunten por mí, tú le dices: Oh, Uds. no saben que ese negro del diablo es-

tá marchando sobre nosotros? Cuando yo pasé, por la madrugada, la vanguardia de su columna como de dos mil hombres, estaba en el batey de *La Fe;* y la retaguardia en el *"Esperillón"*. Las tropas las estaban revisando Lilís y el General Caminero, quien es el Jefe de Operaciones. En la Capital se dice que Lilís trae un cañón de dinamita para fogonearnos con él y salir de todos nosotros juntos, de un golpe. Según me han dicho, trae la media Brigada de Neyba; el batallón Ligero de Azua; tropas de San Juan, de Baní y de San Cristóbal; tropa de línea de la Capital; tropa de San Pedro de Macorís; de Los Llanos, del Seybo y de Higüey; y hasta los *cazadores de palomas de Pajarito.*

Cuando terminó su encargo, el diputado revolucionario, le contestó sorprendido:

—Pero, bueno Lilís, y qué dirá Casimirito, si llega a saber eso.

—No piense *caballá muchacho,* que en *política, el que se acuesta de un solo lao, se pela.*

Estamos en el 27 de Febrero de 1887. Esa madrugada y esa mañana, en la calle de Los Plateros, en el almacén de los Pou, los cohetes tronaban como una batalla, la alegría del juramento de Lilís. Los cordeles de papelitos y los bailes, alegraban y musicalizaban la capital, haciéndole contrapunto, los tambores, cornetas y cuyayas militares con sus estridencias.

A las nueve de la mañana, el cornetín de órdenes del Batallón Ozama tocó atención y Lilís cruzó el parque Colón, dirigiéndose al Congreso Nacional, a prestar el juramento constitucional.

En una de las curules estaba repantigado el diputado de Casimirito. Después del juramento, cuando Lilís se encontraba en su casa particular, recibiendo los parabienes de sus *verdaderos amigos,* llegó el diputado de Casimirito, y le dió un abrazo tan apretado que por poco lo estrangula y le saca la lengua. En eso llegó uno de esos fanáticos intransigentes, y acercándose al Presidente, le dijo, discretamente:

—Pero bueno, Lilís, ¿qué hace ese tránsfuga aquí?

Lilís le contestó:

—Cállate la boca, *tú no sabes que cuando uno apareja y aprieta fuertemente su burro,* sabe para donde vá.... Y que la culebra, cuando le conviene, larga el cuero.

UNA VOCACION FRUSTRADA

Hay dos clases de vocaciones, la vocación básica y permanente y la vocación circunstancial y transitoria, artificiosa y a veces ridícula. Esta última, por poco nos trae una *canana*. En casa estaban incomprensiblemente empecinados en que dejase la deshonrosa, estéril y manicomiable carrera de las letras, cambiándola por la sabia, prestante y práctica carrera del noble, honorable y desinteresado Mercurio, patrón de los fulleros y de los ladrones. Que cambiáramos, maliciosamente, al luminoso y armonioso Apolo, al divino Dios de la Poesía, por la deidad de los raudos talares. La lira cricelefantina, de marfil y oro, por la *caja registradora* del codicioso e implacable Mercurio, el raudo cartero del Olimpo. Y ahora nos preguntamos, qué sería de nosotros, ya viejo,

arruinado, casi ciego y medio loco, vencido totalmente por el tiempo, siempre inexorable, traspapelado, *específicamente reumático,* en los *recovecos* de un ventorrillo, en el callejón de *Salsipué,* con una cotorra del Bonao en la puerta, meciéndose en un arco de barril de macarelas, llamando agua y diciendo a intermitencia: *Vigil Díaz, aquí ar jente!!*

No podemos, en verdad, dar un diagnóstico de fondo, como diría el notable escritor, crítico y cirujano Dr. Moscoso Puello, sobre la locura sistemática y dolorosamente incurable de Epaminonda, la locura de querer ser sacerdote católico, apostólico, romano. Solamente sabemos, que el perturbado Epaminondá, era hijo sacrílego del formidable y dulce Fefé, campanero y sacristán y.... de Mónica, una beata muy suculenta, que en una hora menguada, de un caluroso día del mes de agosto, cuando la canícula agobiaba a todo animal viviente, violenta e inesperadamente, *le demon de midi,* de que nos habla el inmortal esteta de la filosofía, Anatole France, los asaltó y *los hizo conjugar el verbo....*

Supimos también que a Epaminondá, lo bautizó, ya zagalejo, el Obispo de Guarico. Parece ser que Epaminondá sufrió una impresión perturbadora al ver la fastuosa y brillante ornamentación, la sotana morada del Prelado. El Pectoral de oro, incrustado de piedras preciosas y la enorme y pálida amatista abacial, que había besado golosamente el cándido Epaminondá. O tal vez

si llevaba en lo más recóndito de su tusa enmarañada, acomodado y vigente, un Sacerdote del Congo, que le despertó su vehemente y fatal espejismo, su trastornadora vocación hiperdúlica.

Estaba Lilís girando una visita políticamente pastoral, cambalachando enemigos por amigos, en la *Línea Noroeste*. Una mañana llegó a Dajabón, cuna de Epaminondá. El campanario de la Iglesia echó a vuelo sus campanas ladinas haciéndoles contrapunto un mazo de cohetes chinos, quemado por el dueño del *tarantín* que quedaba frente a la iglesia, para celebrar, espléndidamente, la inesperada llegada del Presidente.

Después que Lilís echó pié a tierra en la puerta de la vieja y destartalada Comandancia de Armas, habiendo oído el galimático y pomposo discurso del Honorable Presidente del Ayuntamiento, quien sabía poner su nombre, pero no sabía leer el "Listín Diario", Epaminondá, descalzo y sombrero en mano *se le fué a la upa* al General Lilís y sin previo introito le dijo:

—Presidente, yo quiero que Uté me lleve pai Seminario de la Capitai.

—Y para qué mi hijo, le contestó Lilís, siempre comprensivo y tolerante.

—*Poique yo quiero sei padre.*

—Pero mi alma, si tú puedes serlo aquí, ya que eres joven y fuerte.

—No, Presidente, padre de familia no, yo lo que quiero *e sei Padre Cura.*

Lilís se sonrió y le contestó:

—Procura cambiar de vocación, muchacho, porque los que como tú y yo hemos salido del horno *demasiado quemao*, si estudiamos el latín nos volvemos locos.

EL FIAO

Su Majestad Francisco Primero, el Rey Caballero, Protector de las letras, cuando lo hicieron prisionero en la batalla de Pavía, al ordenarle el enemigo que se rindiera y echase pie a tierra, contestó desenvainando y poniendo en alto su espada y con la arrogancia y el coraje dignos de su sangre azul:

—No...., el caballo de guerra de un Rey leal, es su verdadero trono....” Y agregó: “Todo se ha perdido, menos el honor”.

Hay tres cosas que se reverencian en la tierra, en el cielo y en el Olimpo: la mujer, por su divina armonía y belleza; el caballo, por su nobleza y utilidad y el perro, por su gratitud y lealtad, tres condiciones que deben

adornar el corazón de todos los hombres de sentido moral.

El Arconte y General Temístocles, Comandante en Jefe de la flota ateniense, ordenó a su ejército que levantara y mostrara al Sol, sobre sus bruñidos escudos, proclamándolo simbólicamente sagrado, al perro que le acompañó, nadando junto a su galera en las revueltas y espumosamente ensangrentadas aguas durante la batalla de Salamina.

El caballo astur de cascos tentaculares, que llevaba sobre su lomo a Julio César, cuando audaz y decidido atravesó las aguas trágicas, plácidas y exangües del "Rubicón", también fué proclamado sagrado.

Cayo Calígula, el loco moral más loco del manicomio del Bajo Imperio, en un arranque de adoración hípica, nombró a su caballo "Incitatus", Pro-Cónsul y Senador. Le construyó un palacio de mármol y pórfido, le cargó de collares y piedras preciosas y lo ponía a comer en mesa de marfil y oro y a beber vino de Falerno, en ánforas, cinceladas por un artífice corintio.

No fué en un *Packard* de doce cilindros, ni en un raudo *Clipper,* sino en el lomo del desvencijado y hambriento jamelgo Rocinante, trotando por los enmarañados atajos y vericuetos de *La Mancha,* donde el inmortal Alonso Quijano, pretendió imponerle al hombre el culto del ensueño, de la lealtad y de la caballerosidad, a despecho de Sancho Panza.

El Sol, cuando recorre las rutas del Zodíaco, es montado en su carro de oro, tirado por una cuadriga de caballos blancos y fogosos, llevando como *automedonte* a la Aurora, la de los dedos color de rosa como la califica Hesiodo, el poeta historiador griego. ¿Y acaso, no es en Pagaso, el potro alado y rebelde que domó Belerofonte, donde se eleva el numen sagrado del poeta, más allá de la eternidad?

Fué, cabalgando en Belerofonte, que Alejandro, el Rey de Reyes, conquistó el mundo. Montando a Palomo blanco, cruzó los desfiladeros de la maravillosa cordillera de los Andes, el Libertador Simón Bolívar, el caudillo máximo de la libertad. Y Boves, el caudillo de la esclavitud, el asturiano valiente como el Cid, cruel y sanguinario como un tigre de la Malasia, lloró cuando vió muerto sobre la pampa trágica, lanceado, a su caballo Antinoe, bello y tan negro como la noche de su alma.

Pero, bueno, nos dirán, con razón nuestros tolerantes lectores, ¿a qué viene toda esta bambolla espectacular, toda esta literatura ampulosa y ridícula?

Les diré. Es que vamos a hablarles de un caballo inmortal también, aunque sea de nuestro tiempo.

Vivía en Burende en el camino que va de Santiago a La Vega un viejo General de nuestra Restauración, muy respetado por su valor legendario, bien sentado, en un fundo donde murió trabajando la tierra. Sus únicas pa-

siones habían sido las mujeres, las armas y sus caballos. Llegó a oídos de un *maquiñón* y tratante de caballos de Santiago de los Caballeros (que son los mejores y más elegantes de la República, pero también los más ladinos y peligrosos como lanza en cuarto oscuro), que el viejo General Durán tenía interés en comprar un caballo de *condiciones*. Bañó con jabón de olor el que tenía, que a la verdad era bueno, lo aderezó con una *pañó nuevo*, lo ensilló y salió en él para Burende, llegando al fundo del General Durán con los claros del día, y allí encontró tomando café, al entonces Coronel Lilís. Se desmontó, saludando al General, sombrero en mano, quien le brindó también una taza de café de pilón, que es el más sabroso, y después que terminó de tomarlo, saborearlo y elogiarlo como es costumbre cibaeña, le dijo:

—General, este es el caballo que Ud. necesita, se lo he traído porque es lo que se dice una bestia de hombre.

El General sonrió a impulsos de una recóndita previsión.

—Yo lo creo, mi hijo, pero a los hombres, a las mujeres y a los gallos, hay que toparlos pa vei si son buenos. Echalo pa allá, que lo quiero ver en el *paso laigo, pa vei si es natural o foizao, y despué échalo pa acá ai pasito.*

Mientras tanto el tratante, después de recogerle las riendas y moverlo para que viera que si atendía a la derecha, mejor atendía a la izquierda, lo tocó con las es-

puelas que estaban empapadas de trementina, para avivarle los bríos, que casi los tenía apagados. Salió y cuando volvió puso las riendas sobre el pescuezo del animal y se cruzó de brazos para que él viera que tenía un paso por lo corto tan suave que se podía llevar un vaso de agua lleno hasta el borde, sobre los furoles y no se botaba ni una gota. Se desmontó y le dijo al General que lo registrara. El General le pasó inspección y declaró que tenía la color que a él le gustaba, la color rucio avispao, y el tratante le contestó:

—Sí, general, rucio avispao, primero muerto que *cansao*.

El General le examinó los cascos, buenos y parados como los de un mulo; las agujas secas, la cabeza, como a él le gustaba seca y huesuda, como la de los ovejos; la oreja chiquita y los ojos *saicos*. Le abrió la boca, frotándole con el dedo las barras de las encías, luego le retocó los colmillos, encontrándolos muy grandes, medio *retorsíos* y como *limaos aposta*. Y haciendo con la boca un signo de disgusto, le dice al tratante:

—Mi hijo, puede que sea *discosoi* mío, pero esta bestia pasa de un *cuaito de siglo*.

El tratante, que había seguido con inquietud toda esa inspección y no esperaba el asalto, le contestó sorprendido y nervioso:

—Dispénseme General, Ud. está equivocado, este caballo es *nuevesiningo,* es un potringo de náa, vea que todavía no ha pisao bestia.

—Bueno.... Pero cuánto pides tú por él?

—Porque se trata de Ud. se lo voy a dejai en ochenta pesos *fueites.*

—No, mi jijo, yo te daré, sesenta y no de contao, sino de hoy en ocho....

—Eso *impoita* poco, poique a Ud. se le pué vendei fiao hasta la Catedrai de Santiago, sin papei. Deme los ochenta y creame que es *regalao.*

—Si no te lo meican por ahí, vuelve por aquí, pero en las condiciones que ya hemos *hablao* y cerraremos el trato, *poique* uno debe *etendeii* los pies solo hasta donde le aicanza la *coicha.*

El Coronel Lilís, que se había mantenido silenciosamente capcioso durante todo este diálogo, al ver partir al tratante hacia Santiago, se dirigió al General Durán, que en ese momento encendía un cigarro, y le dijo:

—Si yo fuera Ud., General, lo cogía fiao, porque fiao, se puede dar hasta mil pesos por un gato flaco, y es barato....

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EL GENERAL CUYAYA

En la época trágica, pero sinceramente leal del inolvidable "Concho Primo" —que en gloria esté—, había dos arquetipos bélicos: el General de fuego, que se sacrificaba por su causa política, y el General busca-vida, prevenido, granuja, fanfarrón, chaquetero, sin valor personal ni colectivo, pero ricamente equipado para la traición y el utilitarismo, con un instinto de conservación perfecto ya que nunca se le veía pelear en la vanguardia sino allá en la extrema retaguardia, al pacífico abrigo de la impedimenta, donde para alcanzarle una bala tenía ésta que ser *buscapié* o proyectil dirigible, con su nombre y dirección bien claro y preciso y hasta sin falta de ortografía.

El General Cuyaya, que este era el nombre de nuestro hombre, era azul de nacimiento, pero creyendo que la candidatura popular de Casimiro Moya arrollaría la de Heureaux, se pasó con bagaje, cuerpo y alma, para la de Moya, diciendo que ésta candidatura era la de la *gente,* la de los *dones*, la de los blancos, ya que estaba cansado de conmilitar con la otra, la del negro Lilís, donde sólo había *gentuza* y *gedentina*. Para justificar la traición a su partido, a impulsos de su fantasía bélica, solía decir, jactanciosamente, que *cansado de pelear* al lado de Lilís, no veía el camino de su porvenir.

—Le acompañé en el Sillón de la Viuda, en Porquero, en Las Lajas, en Playa Roca-Vía etc. y qué he conseguido? Un triste grado de General de brigada, cuando debía ser Ministro de la Guerra y Marina.... y hasta poco es....

Después del pleito de Huaco Hondo, de Amina, de La Ceiba de Madera y del Guanábano, donde perecieron las primeras espadas de la Revolución, Lilís y Perico, le fueron atrás a Benito, quemándole el fondillo hasta meterlo en Juana Méndez.

El General Cuyaya, quien tenía por lema que a los caídos y a los muertos sólo deben acompañarse hasta la puerta del cementerio, siempre previsor y práctico, técnicamente se traspapeló en un campo cerca de Santiago, a esperar el curso de los acontecimientos, las noticias am-

pulosas y fantásticas, la *reacción arrolladora* de Casimirito y sus empavorecidos y heroicos conmilitones.

Después de media noche, solía meterse en el pueblo a llenar hasta el trancajilo, las árganas de su fantasía y de sus quimeras, para repartirlas en los campos, sabiamente dosificadas. Esta labor subversiva, peligrosa para el Gobierno que tenía urgente necesidad de paz y de confianza política, social y sobre todo económica, llegó a oídos del General Perico Pepín, la más completa máquina de guerra y de lealtad que tenía el Gobierno en el Cibao, quien mandó a buscar al propagandista, amonestándole, amenazándole y advirtiéndole que no se olvidara, *"si quería seguir resollando"*, que él tenía la muñeca *muy pesá* y era hombre responsable; que le convenía amarrarse la lengua porque un día anochecía en su casa y amanecía en el cementerio.

El General Cuyaya se defendió como gato boca-arriba, con notable habilidad política, aparentemente sincera y viril, diciéndole al Gobernador que si era verdad que él no era afecto al Gobierno, era sincero y buen amigo del General Lilís, a cuyo lado había corrido los más grandes peligros: "pues siempre peleamos codo a codo", decía.

Apenas pasó una semana, cuando una noche llegó repentina e inesperadamente Lilís a la Gobernación de Santiago, acompañado solamente de dos de sus Ayudantes Militares, entrevistándose con el General Perico,

quien le informó detalladamente del clima político de la Provincia bajo su autoridad y de la actitud subversiva del General Cuyaya.

—Bueno, le dijo Lilís, mándelo a buscar temprano y dígale que vaya a verme donde Papatón, que quiero hablar con él.

Y en efecto, apenas aclaró el día, el General Cuyaya fué a ver al Presidente, quien lo recibió con un *cálido y sincero abrazo político*, digno de Nicolás Maquiavelo, diciéndole:

—Cuyaya, dos lomas no se juntan, pero dos hombres sí, y sobre todo si son amigos como tú y yo. Siéntate que tenemos que hablar.

Una vez frente a frente, el Presidente le preguntó:

—Dime Cuyaya, ¿qué te pasa conmigo, que he sabido que tú estás todavía pensando en Casimirito. Tú no sabes que éste está muy tranquilo en Turquilán, queriendo entenderse conmigo? Déjate de *caballás* y no me toques más *cuyaya con sordina*, porque eso puede causarte un conflicto serio, muy serio. Toma, déjale eso a la Doña, y prepárate, que a mi regreso de Puerto Plata, donde voy a amarrar unos cabos, te vas para la Capital conmigo, porque te necesito, toda vez que tú eres un hombre *leal, laborioso y útil para todo....*

El General Cuyaya, que era más traidor que Judas Iscariote, más complicado que Fouché, más chaquetero

que Talleyrand, se había calado para la entrevista con el Presidente, unos espejuelos negros, y Lilís, que era un psicólogo formidable, se dió cuenta de la maniobra, y le dijo:

—Pero, Cuyaya, ¿dónde conseguiste esos espejuelos tan prietos y tan bonitos? Este sol me tiene los ojos como dos tomates italianos. ¿Quieres prestármelos para ver cómo me quedan y encargar unos similares a St. Thomas?

Y calándoselos, dijo:

—Ve, si son frescos como la nieve.

—Presidente, si a Ud. le gustan y los necesita, quédese con ellos, yo se los regalo con mucho gusto.

—Gracias, Cuyaya, muchas gracias, yo encargaré otro de St. Thomas porque aquí no se consigue esa clase de joyas.

Y mientras se ponía y quitaba los espejuelos, le metía sus ojos de felino, nictálope a los ojos del chaquetero Cuyaya. La madrugada del regreso de Lilís para la capital, ya listo a montar su mula, mientras daba sus últimas instrucciones políticas al general Perico, este mirando a Cuyaya en su bestia, con un sable de espejito colgado a la espalda, a la manera cibaeña, no pudo contenerse y le dijo a Lilís:

—Presidente, ¿en qué quedó Ud. con este vagabundo?

—Ya nos entendimos, contestó Lilís.

—Pero no olvide que este chaquetero es un traidor.

Sí, pero ahora está de buena fe, en cuerpo y alma conmigo.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Porque ya yo le quité con maña los espejuelos prietos, para poderle ver el blanquisai del ojo, y lo tiene limpio.

LAS PILDORAS DE ZOCOTO

Creemos que una ciudad por grande que sea, sin tertulias es como una gran estatua de platino con ojos de esmeraldas, zafiros y brillantes, pero sin espíritu. Las tertulias son los filtros y drenes de los conglomerados sociales, ya sean éstas, serias o jocundas, sabias, frívolas o analfabetas.

En el siglo pasado y en una parte del presente tuvimos tertulias pintorescas e inolvidables.

Por el *Mondongo,* como llamaba nuestra aristocracia, al barrio donde estaba el antiguo Matadero, teníamos la tertulia de Hilario Espertín, con cuyos miembros se fundó la *Benemérita Sociedad La Filantrópica,* la que tenía como misión piadosa y sagrada, enterrar las víctimas de la terrible pandemia de las viruelas africa-

nas, un azote de la Capital, en el mil ochocientos ochentidós. La tertulia de Periquito Ramírez y la del platero José Lamercé, en la Cruz de Regina. La de los bajos del Vivac, integrada por los hombres de más prestancia de la intelectualidad, pero que desplazada por circunstancias imperativas del progreso, fué a refugiarse, algo mistificada, en la única librería que teníamos en esa época, la librería de los honorables Hermanos García.

La tertulia hipocrática de la *Farmacia Central,* del caballero don José Mieses, presidida por el Doctor Alfonseca de París, el discípulo brillante de Galeno, cargado de rarezas, y de bondad. La del inolvidable barbero Lechuga, tan inconscientemente ingenioso, pero siempre amable y sonreído. La Tertulia de Don Higinio Páez, el laborioso y heroico precursor del néctar soda y la cerveza fría. La del larguísimo y honradísimo Albencí Vinet, el amolador y genial fabricante de los famosos trompos de caoba, el eterno e incorregible cazador, siempre frustrado.

La de las *Cuevas de las Golondrinas,* la del bondadoso y filantrópico puertorriqueño don Ramón, donde anclaban a la caída de la tarde de arribada económicamente forzosa, buscando un puerto propicio, los fatigados por la crueldad de los años y atormentados por la dolorosa miseria de la vida, una humeante taza de café o un jarrito de jengibre con canela, que es un tónico cardíaco de primera calidad. La del no menos bondadoso,

laborioso y honesto Papá Juan, que fuumando su *narguilí,* era la bitácora de la colonia siria, quien le daba consejos y rumbos ciertos al templo de Mercurio, el patrón de los buenos mercaderes.

La del *Petit Riché,* integrada por horacistas, *mil por mil,* pasionales, leales, responsables, por los arquitectos de aquella Era trágica, los que tenían como lema de su bandera de combate, *Horacio o que entre el mar.* La del Parque Duarte, que era un laboratorio infatigable de propagandas geniales. La del parque Colón, al pie del ladino y ya completamente cardíaco reloj público de los tiempos de Buenaventura Báez, integrada por elementos químicamente normalistas, enemigos de Lilís. La otra, en el mismo parque, frente al Palacio Municipal, compuesta por elementos horacistas, patológicamente vehementes y fusilómanos. La tertulia de la fábrica de cigarrilos "El Siglo XX", del inolvidable caballero don Joaquín Peguero. Tertulia que era algo así como una mesa revuelta, compuesta de elementos heterogéneos y policromos, de todos los colores y todas las categorías sociales, por galleros, políticos, literatos y propagandistas infatigables e incorregibles. La tertulia de la Farmacia "La Fe", del honorable y bondadoso don Alvaro Logroño, integrada por intelectuales, intelectualoides y comerciantes honestos y pacíficos.

La del inolvidable amigo Malú, frente a la estatua de Colón, en la cual se promiscuían, en una cordialidad

familiar y tropical, aristócratas con demócratas, cabos con sargentos, ministros con gobernadores, todas las tardes a jugar tablero y a tomar café, a comer dulces criollos, de un sabor puramente folklórico. Frente al cafetín el inteligente Malú, quien estaba siempre tocando su guitarra andaluza con supremo arte, sonora como un arpa, adornada con cintas policromas y escandalosas como la de una suripanta.

Como hacía muchos días que Lilís no veía a su distinguido compadre Malú, paró su brillante coche en la puerta del cafetín y le preguntó al rechoncho Pié, encargado del jueguito de *dao corrio*:

—Dígame Pié, qué es de mi compadre Malú, que hace más de dos semanas que *no nos vemos*.

—Presidente, le contestó Pié, su compadre Malú está mal, pero muy mal de salud, con un paludismo que lo está acabando.

Lilís se dió cuenta de que el quebranto de su compadre era puramente económico, y le contestó:

—Está bien, jefe Pié, dígale a mi compadre, que yo iré a verlo a la salida del Palacio.

Apenas el Presidente dobló la esquina del café la Diana y entró en el Palacio, Pié le mandó un expreso urgente a Malú, diciéndole que se preparara, *que el Presidente iba pa allá como a la una*.

Malú colocó un centinela perdido, de su confianza, en la cuesta de San Miguel, y otro en la puerta de su casa, con instrucciones militares, rígidas.

Lilís puso proa a la cuesta de San Miguel, en su brillante coche tirado por un fogoso caballo americano llamado *San Marcos,* que resoplaba y largaba chispas de sus enormes cascos herrados. Súbitamente perdió su tranquilidad habitual el pacífico y silencioso barrio.

El Presidente le preguntó a su comadre, después de saludarla respetuosamente, cómo estaba su compadre Malú. Ella le contestó, notablemente afligida: Así, así, un poquito aliviado. ¿Ud. quiere verlo? Y pasó al aposento del enfermo. Lo encontró tiritando de calor, y estaba muy sudoroso, como si se hubiese dado un baño turco. Lilís lo llamó y él sacó la cabeza por debajo de la frazada, le cogió el pulso y le dijo con la seguridad de un galeno: *está sudando de a verdad.* ¿Y quien es su médico compadre?

—El mismo que lo cura a usted, compadre.

—Hombre, me alegro, porque ese sí sabe curarnos a nosotros y a los gusanos por las huellas. Yo le traigo aquí unas *píldoras de zocotó,* que son un cuchillo para esas calenturas con frío; y metiéndose las manos en el bolsillo trasero del pantalón, sacó un rollito de *libras esterlinas, nuevecitas,* las que colocó debajo de la almohada del *enfermo,* diciéndole:

—Tómese media al día, y si se acaban veremos a ver si es posible repetir la dosis, porque esa clase de píldoras se hacen muy difícil conseguirlas.

Apenas salió el Presidente, el enfermo partió en dos el rollito de píldoras de Zocotó, las que rodaron refulgentes por el piso.

El enfermo votó la frazada, se arrancó el pañuelo que tenía amarrado en la cabeza, las plantillas de sebo y ruda que le habían puesto en los pies y la de sebo con café molío en la frente, por indicación del médico de Lilís, gritándole a su señora:

—Mira fulana, coge una de las *píldoras de zocotó,* y manda a comprar una gallina gorda y en la pulpería de la esquina, media botella de Vermouth, legítimo, que esta misma tarde me voy *pa bajo, aunque lluevan burros aparejao....*

LA ESPADA DE HONOR

Para William Penson
Mi animador y colaborador.

Aquí en la capital, cuna de la cortesanía, se constituyó un Comité General, con el propósito de recabar fondos para obsequiar al Pacificador de la Patria una espada de honor, con empuñadura incrustada de piedras preciosas, correspondientes al número de combates librados por el héroe de Porquero y el Cabao.

Precisamente en ese mismo año, 1897, de infeliz coincidencia, el Estado lanzó la memorable y super abundante emisión de los llamados *pesos azuanos o clavaos.*

Ocupaba la Comandancia de Armas de Almacén del Yuna, el valiente General López, amigo íntimo y sincero del Pacificador. El Comité Ejecutivo se dirigió al General López, recabando su valioso concurso pecuniario para llevar a feliz término tan elocuente proyecto; que en espectacular ceremonia debían colocar el joyante acero al cinto del héroe, en una de las fiestas patricias de ese año, ya que el insigne guerrero había llegado al clímax de su tiranía.

El General López contestó al Comité Ejecutivo, en una epístola que calificaremos de tiberiana, no por lo breve, sino por lo concisa y sincera, expresándole en un certero y delicado final, que remitía bajo sobre certificado, *cien pesos para la espada y cincuenta pesos para la vaina.*

....

Oh! designios inexcrutables del destino, como diría Fernando Arturo de Meriño, ese león majestuoso, con bácula y mitra, nacido en *Antoncí,* que cuando ocupaba el ambón de la cátedra sagrada, conmovía las columnas y el cimborrio de nuestra Basílica; y cuando ascendía a la tribuna política, temblaban Senado y Capitolio.

Esta espada de honor, ya sin honor ni piedras preciosas, fué a parar a la gaveta polvorienta y hedionda a cucarachas de una casa de empeño de Puerto Plata, cuna del héroe.

LA PRUDENCIA

La prudencia en el Olimpo griego, es una Diosa alegórica. Fué la primera esposa de Júpiter, el polígamo Júpiter. Se le representa con dos rostros, mirando al pasado y al porvenir. Junto a ella está un pájaro nocturno y un libro que puede ser el Príncipe, de Maquiavelo— un reloj de arena, símbolo de la circunspección.

Corrían los primeros meses del gobierno platónico del General y republicano Don Francisco Gregorio Billini, de Gollito, como le llamaban sus amigos. Conforme al espíritu de su programa, la capital era un *pandemonium político.*

Todos los azules, los rojos y los cesaristas estaban tácitamente de acuerdo, en cuanto a lo que había que hacer, esto es, romperle el pescuezo al negrito de Puer-

to Plata. El único que no pensaba y que no permitiría esa fechoría, era el noble Gollito, quien era tan leal, como valiente, y generoso.

Una tarde, a eso de las tres, venía Lilís por la calle del Comercio, de sur a norte y divisó lejos, allá por el viejo Hotel Francés, el de Musieu Philipó, los bigotazos del General Cesáreo, quien se dirigía de norte a sur, acompañado del pundonoroso general Don Eustaquio Ducoudray, su Jefe de Estado Mayor. Lilís, apenas le vió, se metió en la tienda de su amigo Don Manuel Sánchez. Después de saludarse afectuosamente, Don Manuel le dijo:

—Qué extraño, General, Ud. por aquí a esta hora y solo?

—Déjeme esconder aquí, que por allá viene el Jefe Cesáreo, que es un hombre de mucho ácido; y si me ve, me mata y yo no quiero morirme por ahora, sino cuando Dios me necesite; aunque puede ser que el Señor lo llame antes que a mí; mis amigos, como Ud. deben cuidarme.

Cinco minutos después, pasó el General Cesáreo por la misma acera de la tienda de Don Manuel Sánchez, sin darse cuenta de que tenía el tigre real de Puerto Plata, tan a la mano, tan cerca de sus garras retráctiles y de sus potentes mandíbulas, en las cuales calló para siempre, tan heroico, tan dignamente, suicidándose a las orillas del arroyo Orégano, con la última cápsula que le quedaba a su revólver....

EL ARAGUATO

Creo que ya hemos dicho en otra ocasión, que "en la voluntad de perpetuación del genio de la especie", como califica el amor, el filósofo pesimista Arturo Shopenhauer, rige, manda, y domina, la caprichosa y casi siempre ilógica ley del contraste. A los morenos los dislocan las blancas; a las rubias, los mulatos; a los gordos, las flacas como varas de matar gatos; a las flacas, los cebados y atiborrados; a los gigantones, las mujercitas *quiquiriquí;* a las mujeres virtuosas, los vagabundos redomados; a los catones, las Mesalinas; a las intelectuales, los amentales y animales; a las feas, los Adonis; a los Adonis, las cacatúas.

Venus, la hembra más bella y hermosa del Olimpo, la apasionada y ardiente Venus, le entregó su amor, su

corazón y su cuerpo armonioso, perfecto, al viejo herrero, feo y cojitranco Vulcano. El ideal y soñador Don Quijote de la Mancha, se volvió loco, pensando en la espesa, grasosa y mal oliente maritornes Aldonza Lorenzo, la Dulcinea del Toboso. Y qué nos dicen de la locura de Otelo, el Moro de Venecia, por la dorada veneciana Desdémona. Y de Anatole France, el filósofo-poeta, matrimoniándose, *deslayadamente,* con su estúpida ama de llaves.

Por el año 1887, cuando la satrapía de Lilís comenzaba a templarse, había cierto Delegado del Gobierno, que más que un ser humano, era un Araguato, pálido como la evocación de un sueño lúgubre, color peculiar de quien se ha criado con agua de laguna, tan lúbrico como el simio de las orillas del río Orinoco, que duerme armado, lanza en ristre, en previsión de que le gotee una dulcinea.

Para aquel Monocongo analfabeto, cruel y repulsivo, el programa civilizador del Gobierno, consistía en el despojo y plan de su sable; y en cuanto a la moral-social, en el derecho medioeval de vidas, haciendas, y sobre todo, de pernada. De aquí que se enamorase con la furia de un chimpancé, de una circasiana perteneciente a una familia honesta y virtuosa, de una de las secciones del Departamento bajo su autoridad. La persecución de esta bestia humana fué tan insolente, descarnada y grosera, que obligó al padre de la virgen, a venir a la Ca-

pital, a quejarse ante el Presidente, quien le atendió debidamente, prometiéndole poner coto a los desmanes y pretensiones del pálido Araguato; y en efecto, le invitó venir a Palacio, para comunicarle que el Gobierno necesitaba trasladarle a otro Departamento.

—Cuando Ud. esté listo, venga a verme antes de partir, porque tengo que aconsejarle algo que nos conviene a los dos; pero no venga a Palacio, sino a mi casa. Cuando el Araguato llegó, Lilís salía de su mansión, y ya en la puerta, le dijo:

—Hay tres cosas que nosotros los negros debemos saber.

—¿Cuáles son, Presidente?

—Saberse enamorar, saber ser viejo y saberse morir, porque de lo contrario, estamos perdidos y nos llevará el Demonio. Buen viaje y cuídese para que no se malogre.

EL TRAMOJO

El General Perico Pepín, Gobernador Civil y Militar de la Provincia de Santiago de los Caballeros, le escribió una carta a Lilís diciéndole que sería bueno que fuera por allá porque había olido un *cuencuén* entre los *dones,* y era necesario atajarlo a tiempo, antes de que cogiera cuerpo....

Lilís, que consideraba al jefe Perico como su máquina de guerra más completa y más leal, montó a caballo esa misma noche, y sin más compañía que la del expreso o práctico, salió para el Cibao, pensando que se trataría de algo importante o de algo grave.... Seguido que llegó a Santiago por sorpresa, conversó con Perico, quien le informó que debido a cierto impuesto, el comercio (siempre el comercio!) había delegado su protes-

ta en un *don* que era amigo leal del Presidente. Lilís le mandó una tarjetita particular, suplicándole lo recibiera al oscurecer en su oficina sin ningún acompañante....

Lilís se le presentó solo, y con sombrero en mano lo abrazó y le preguntó por la doña y por los muchachos.

—Yo he venido solamente para que usted me diga con franqueza qué es lo que pasa....

El *don* principió a razonarle y comenzó a excitarse económicamente, que es lo único por que se excitan los comerciantes, llegando a un clima demasiado caliente y casi ofensivo para el Gobierno. Lilís guardaba silencio con su característica prudencia, esperando el final de aquel desahogo, y cuando terminó, le dijo:

—Bueno, mi Don, sus razones serán atendidas como Ud. merece, porque yo no puedo ni debo olvidar que Ud. es uno de mis leales y oportunos amigos del 86; *usted, en verdad, no me ha dicho perro, pero me ha enseñao el tramojo....*

UN CONSEJO

Don Manuel María Gautier, el único estadista que tenía a su lado Lilís, le aconsejó que al Gobierno había que uniformarlo para darle más dignidad y respeto; de aquí, que el Presidente pidiera a Madrid un sastre militar. A Francia pidió los bastones de concha con puño de oro, ya que el Gobierno tenía en abundancia las llamadas libras esterlinas, tan amargamente recordadas.

En aquel 27 de Febrero, la Capital entera ocupó las cuatro bocacalles e inundó la plaza de Colón para ver los uniformes de Lilís. Hubo un viejo que en un arrebato de idolatría política, dijo: Mírenlo, si parece un francés.... —haitiano.... le contestó un chusco moyista....

Más tarde, Lilís —que tenía acurrucado en el subconsciente la invasión de Haití— le compró, (creo que

a Inglaterra) tres cruceros de guerra: "El Restauración", buque insignia, como un exvoto de respeto al Gral. Luperón, "El Independencia" y "El Presidente".

Don Manuel María, cuando supo que había llegado la flotilla, díjole:

—Yo le aconsejé que uniformara al Gobierno, pero no estoy de acuerdo con la compra de esos barcos, porque nuestra hacienda es pobre, y usted lo que necesita son fuerzas de tierra.

—Así es, Don Manuel; *pero eto no e pa nosotro, eto e pa lo mañese, que en cuantico ven barco junto, se derrotan.*

UNA FABRICA DE SOMBREROS

Para Pichán Vallejo.

Tenía el General Lilís un amigo y compadre que él estimaba mucho, por su lealtad, pero que tenía la obsesión de las fábricas, uno de esos imaginativos, un fantaseador, incorregible, pero carente en absoluto del sentido práctico; de aquí que todo lo que emprendía, fracasaba. Esta vez le cogió de lleno con montar una fábrica de sombreros al vapor, para hombres, mujeres y niños, pues tenía la completa seguridad de que dentro de un par de años, a lo sumo, sería multimillonario. Confiado en el éxito de su fábrica, se adelantó a ponerle el nombre de "LA FE Y ESPERANZA". La fe que es la primera de las virtudes teológicas que nos permite creer sin comprender las verdades que nos enseña e impone la iglesia. La esperanza, que nos enseña a esperar, algo va-

poroso, inefable e intangible. Cuando llegó el primer vapor, (uno de aquellos presidios flotantes de la Compañía Clyde) sacó pasaje con destino a la Capital, para entrevistarse con su compadre Lilís, a quien iba a interesar en el fabuloso negocio de la fábrica, como *socio comanditario,* a fin de que también se hiciera multimillonario. Apenas llegó al antiquísimo Hotel "Ambos Mundos", de Don Vicente Fernández, famoso por sus cocidos a la madrileña, muy recargados de los indigestos chorizos extremeños, y sus sabrosísimas tortillas con petit pois, a la francesa, le escribió una tarjeta a su compadre Lilís, suplicándole encarecidamente, le concediera una entrevista en su casa particular, a las tres de la tarde, para tratarle de un negocio en el cual se harían muy ricos.

Cuando su compadre Lilís leyó la tarjeta, echó un *pujío* y dijo: qué clase de empresa traerá metido en la tusa mi compadre; y le contestó dándole una cita para las tres de la tarde.

A las tres, con una puntualidad digna de la muerte, subía la escalera de la casa presidencial, el presunto dueño de la fábrica de sombreros. Saludó cariñosamente a Mama, la vieja santomera, cocinera y ama de llaves, suplicándole decir a su compadre Lilís, que él estaba a sus órdenes. Dos minutos después, se presentó Lilís en bata de baño y gorro *colorao* haitiano, recargado de abaloríos y una borla jiratoria, de seda azul. Se abrazaron

con efusión cibaeña, cándida y ardiente, destocóse como un signo de respeto al sacramento, después de preguntarle por su comadre, y le invitó pasar a la sala de recibo.

—Dispénseme dos minutos, mientras me cambio *toitico estos estrebejos.*

Después de un introito muy laborioso y utilitarista, le planeó a su compadre un negocio colosal que sería la fábrica de sombreros FE Y ESPERANZA, en Puerto Plata. Lilís que sabía que su compadre sufría, hacía tiempo, de un *fucú ultra violeta,* con la cabeza baja, simulando un profundo sentimiento, le dijo:

—Yo le voy ayudar como siempre, porque Ud. es mi compadre, y amigo leal, pero perdóneme que le diga: compadre Ud. tiene una suerte mala, *atravesá,* que si establece una fábrica de sombreros, *los muchachos van a nacer sin cabeza,* y figúrese lo que sería eso, cuando con cabeza no pueden aguantarlos en Puerto Plata.

NO MENEALLO

La técnica del espionaje de Lilís, era una cosa maravillosa, casi genial, él sabía lo que pasaba en la República durante el día y la noche, pero de una manera tan discreta y sutil, que nadie podía saber quiénes eran sus espías ni sus espiados; en esta materia, le daba mano y muñeca a Fouché, al Camaleón, al ministro de lo Interior del emperador Napoleón Bonaparte. Estaban un 25 de Febrero en un cafetín de la capital, dos o tres jóvenes discutiendo acaloradamente, las virtudes y defectos de los padres de la Patria. Esa misma noche se entera Lilís por su espionaje, de aquella intempestiva y antipatriótica discusión, y al día siguiente citó a los muchachos para que comparecieran a su despacho del Palacio de Gobierno. Cuando se anunciaron, el Presidente fué perso-

BNPHU

nalmente a recibirlos con su cortesía temperamental; y después de sentarlos en un sofá y sentarse él junto a ellos, les dijo:

—Yo no les he citado como Presidente de la República, sino como un buen amigo. Uds. saben, jóvenes, que en mi *gobierno todo el mundo tiene derecho a pensar y opinar lo que quiera;* pero permítanme darles un consejo respecto a la discusión amarga e inoportuna que sostenían anoche, antevíspera del día de la Patria; no meneen más el altar, porque se me caen los santos; y Uds. saben que son los únicos que tenemos. No olviden que la madre, la Patria y la religión hay que acatarlas tal como son....

UNA CALDERA

En las postrimerías del gobierno de Lilís, se encalló o lo encallaron, en las costas del Este, un vapor llamado EL VESTA, que llevaba para el Continente, de todo, absolutamente de todo, era algo más que el Arca de Noé, no recordamos si era de nacionalidad inglesa u holandesa. Cuando uno preguntaba, por reloj, donde lo había conseguido, unas cajas de arenque o una máquina de coser, le contestaban, del Vesta. La carga del Vesta lo invadió todo, a tal extremo llegó la cosa, que de un balcón a otro balcón, una señora la preguntó a la madre de otra señora qué estaba en trance: ¿Doña Fulana, ya llegó la cosa? Sí, hija, es una niña preciosa y grandísima, se la trajeron en el Vesta. El Vesta inundó de féferes la República. La caravana camino al Vesta era

pintoresca e inacabable. Hasta el mismo Presidente fué contagiado de la pandemia del Vesta, y al efecto ordenó que le remataran una caldera para colocarla a un lanchón que estaba anclado en el río Higuamo.

El ingeniero mecánico, embarcó en el "Estrella" y vino a ver al Presidente, para informarle del cataclismo de la caldera del Vesta, que era un vapor de miles de toneladas. Que necesitaba dos buzos y no sabemos cuantos hombres y aparatos. El Presidente le oía pacientemente y cuando terminó, le dijo:

—Mire Maestro, los que se ahogan vienen a parar a la tierra; dejemos la caldera, que ella es del agua y al agua ha vuelto, ahí está mejor que en la lancha.

UN COCHERO

Pavín, el cochero particular y de suma confianza de Lilís, estaba enfermo y con ese motivo, le mandó un suplente. A la una, cuando el Presidente lo dejaba a la puerta de su casa, le dijo: Venga a buscarme a las seis, que tengo que hacer, no se olvide, le repitió tres veces

Las seis, las siete, las ocho, las nueve, daban en las campanas de la Catedral, cuando se presentó el automedonte, temblando de miedo, pidiendo perdón a Lilís.

—Está bien, le dijo el Presidente, la culpa no es de Ud. sino mía, sabiendo que uno no debe cambiar de bueyes. Yo sé que todos los cocheros no son sinvergüenza; pero que hay sinvergüenza que se meten a cocheros. Váyase y dígale a Pavín, que no lo mande más a mi servicio.

EL GENERAL BARBA CUFA

Llegó a la casa presidencial de Lilís, uno de sus gobernadores del interior, muy leal, pero muy nervioso e impresionable, y después de saludarle, le preguntó Lilís:

Dígame, mi jefe, como está eso por allá?

—Malo, muy malo, Presidente.

—¿Cómo así, mi jefe?

—Oh y Ud. no sabe que el general *Barba Cufá,* le ha dicho a los enemigos de su gobierno, que él será el Presidente de cualquier manera. El está casi, casi, con el sable amarrao.... Yo creo que Uté debe irse hoy mismo conmigo, en el vapor "Restauración", con doscientos hombres de tropa de línea, y dos cañones, y llegarle de golpe.

—No se preocupe, le dice Lilís, que Barba Cufá, no es un General de tiros, nunca ha asistido a una tirada de palomas, que es la menos peligrosa en materia de carabina, él no es capaz de sacar una gata a *mear*. Yo sé que a él le gusta mucho el locrito de cabeza de vaca, pero le tiene un *mieo parío* a los ojos; y Ud. sabe, jefe, que el hombre que le tiene *mieo* a los ojos de la vaca, no come locrio de su cabeza. Vállase tranquilo, jefe, que yo lo sé *to*, que cuando yo vea allá al general Barba Cufá, le voy a dar un susto que va a mal parir....

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EXPEDICION PUNITIVA?....

Algunos de nuestros historiadores afirman que Lilís hacía tiempo que se preparaba para conquistar por medio de las armas, la República de Haití, para convertirse, como lo había hecho el negro emperadorzuelo Soulouque, célebre por sus tonterías, vanidad y sobre todo por su crueldad.

De la autenticidad de esos proyectos no se conserva ninguna referencia personal, que se sepa, ni siquiera de expansión en la intimidad en relación con ella, ni un vislumbre tampoco en las anécdotas, según expresa un notable y para nosotros muy admirado historiador.

En el año 1899, nos contaba personalmente Don Alejandro: fuí llamado por el General Lilís mes y medio antes de su muerte. Apenas hube llegado, dado el

estilo, a eso de las cuatro de esa mismo día, montamos en un coche y fuimos a la puerta de la Fortaleza. Después de los honores correspondientes pasamos los dos a visitar las cuadras de los mulos de que disponía para la conducencia de la artillería de montaña. Pasamos luego al *Parque* y uno a uno me fué mostrando todo su equipo bélico. Al terminar me dijo:

—Frersito, ¿cómo encuentra Ud. esto?

—Magnífico, Frer, pero todavía hay que *reforzar más.*

Pensaba yo que se trataba de enseñarnos las mandíbulas y las garras que tenía bien afiladas, a nosotros.

Al dejarme en casa y darme la mano, me la apretó y me dice muy bajito, al oído:

—Mañana lo espero en casa a las tres, no se olvide, que *tenemos que comernos,* nosotros dos solitos, un barril *de sal de Neyba, puñao a puñao....*

Cuando llegué, ya hacía minutos que me aguardaba y pasamos seguido a su habitación privada. Nos sentamos frente a frente y principió a hablar.

—Yo lo he mandado a buscar, porque tengo la intención de que le vayamos encima a Haití. Mi propósito es ir sobre el Príncipe, en una operación rápida, y al efecto tengo preparado un plan. Las fuerzas del Sur o sea la Media brigada de Neyba, el batallón azuano, el de Baní, de San Cristóbal y toda la tropa de línea de la Ca-

pital, nos ponemos en cuestión de horas frente al Príncipe; pero, para realizar esta operación, necesito que Ud. y el General Guelito, con toda la tropa del Cibao, me amenacen y pongan sitio al Cabo.

Me decía Don Alejandro, que lo había dejado hablar, *descargarse*, mientras con imperturbable calma encuadernaba, mentalmente, lo que debía contestarle, pues había notado que mientras Lilís hablaba se le iluminaba el rostro de euforia.

—Bien, le contesté, sigue diciendo Don Alejandro. Ud. sabe que yo estoy a sus órdenes, en todo sitio y en todo momento por serio que sea. Pero esto tiene una magnitud que Ud. tiene y debe pensar con calma, dada su índole política, militar, social y *económica*. Madure este asunto más a fondo, para que no pueda fallar una sola ficha del ajedrez. Y cuando ya esté en su verdadero punto, Ud. me trasmite sus órdenes, que serán cumplidas.

Lilís aceptó mis razones y me dejó partir, que era lo que yo quería, sacándole así el cuerpo a tan enorme responsabilidad histórica, ya que él no intentaba ninguna acción punitiva contra la soberanía de nuestros vecinos, en cuyas venas corría un porcentaje de su propia sangre, ni tampoco deseaba emular al negro emperadorzuelo Su Majestad Faustino I, porque si era verdad que él era hemofágico como Soulouque, no era en cambio, ni

tonto ni mucho menos vanidoso. Su castigo estaba dirigido directamente a la Aduana del Cabo Haitiano, su obsesión, como único medio de solucionar la *grave trombosis económica* que lo tenía desorbitado, casi loco, al extremo de que poco tiempo después, lo llevó al suicidio, pues no otra cosa fué, la tragedia del 26 de Julio del año 1899, en la heroica ciudad de Moca.

Terminado de haberse *comido el barril de sal de Neyba, puñao a puñao,* Alejandrito tomó de la mesa de noche de Lilís, dos libros: *El Príncipe*, la *Biblia de Maquiavelo* y *Amalia,* la novela histórica de Mármol. Ojeó el primero, encontrándolo bien marginado, y luego la novela "Amalia", preguntándole:

—¿Para qué lee Ud. este libro?

—Para organizar bien el espionaje de los enemigos.

Alejandrito le contestó con gracejo:

—¿Y también el de los amigos?

—Todo *pué ser*....

Y se despidieron para no volverse a ver más....

EL ULTIMO VIAJE

Estos datos sobre el General Lilís, recogidos por el caballero Don Aníbal Roldán, ex-teniente de artillería del Crucero "Restauración", el buque insignia de la armada nacional, y trasmitido a nosotros, lo publicamos, por considerarlos históricamente útiles; y porque dejan constancia del temperamento, la serenidad y el valor de ese hombre superior.

Habla Roldán: Cuando llegamos a Sánchez, en el Crucero "Restauración", con el General Lilís y su Estado Mayor a bordo, el General no demostró en la travesía de la Capital a la bahía de Samaná, ninguna inquietud por lo que él sabía que estaba pasando, más bien estaba animado, ya que siempre confió en su valor.

Cuando el "Restauración" fondeó en la bahía, un poco distante del muelle de Sánchez, el General Lilís se dispuso a bajar del Crucero para ir a Sánchez y seguir por tren expreso para la ciudad de La Vega. Al despedirse del Comandante, (que lo era en ese momento, Don Gerardo Jansen, Jefe de la Armada Nacional) le dijo: Comandante, ahí le dejo mi Estado Mayor para que lo lleve a Puerto Plata y me esperen allá.

Después de bajar del Crucero y ya sentado en la *Falúa*, listo para seguir a Sánchez, divisaron un bote que venía a todo remo, sobre el Crucero. El General, con marcada calma le dijo al Oficial que mandaba la Falúa: No despegue, esperemos la llegada de ese bote, para ver lo que trae. Al llegar el bote con el Comandante del Puerto de Sánchez, a bordo, le entregó al Presidente un telegrama urgente, que le dirigía desde La Vega, su compadre el General Zoilo García, gobernador de aquella provincia, el cual decía así: General Heureaux, Sánchez Procure entrar al Cibao bien resguardado, porque en Moca no están las cosas muy favorables para Ud. Le abraza su compadre Zoilo García.

El Presidente leyó el telegrama dos veces y no pronunció ni una sola palabra, pasándolo a su Secretario Guarín González, quien lo acompañaba junto con Demetrio Rodríguez. Cuando Guarín leyó el telegrama, mostró sorpresa y volviéndose al Presidente le dijo: Pero General, y a pesar de la advertencia que le hace su

compadre Don Zoilo, Ud. va a dejar su Estado Mayor. Lilís le contestó, mirándole caracterizadamente:

—Sí, ya lo dije, y no vuelvo atrás: *Ahora, el que tenga miedo que compre un perro.*

De Sánchez salió para La Vega, de esta ciudad pasó a la de Moca. En esta ciudad terminó su tormentosa carrera política. Allí se enfrentó a la tragedia; sucumbiendo heroicamente, combatiendo con la majestad y el valor de un león.

ALEJANDRITO

BIBLIOTECA NACIONAL

GENERAL ALEJANDRO WOSS Y GIL
(Alejandrito)

"Si hubiera vivido en el reinado de Filipo, hubiera podido ser, por su cultura, el maestro de Alejandro el Grande".

CANDE

Es bueno que hagamos una biografía sintética de Candé, y así reajustaremos su origen, sus virtudes, bondades, vicios y defectos.

Por la línea paterna, era Candé hijo irregular de un negro haitiano llamado DIFE, porque comía candela, como un fakir. Difé era grandísimo, patizambo y lúbrico como un gorila y hacía años que vivía regaladamente en los montes del Guanábano, padreando como un *burro jechor* entre yeguas y potrancas finas, curricaneando de atajo en atajo, tratando de no dejarse ver nunca, porque parece que tenía en la Justicia una soga a rastro. Siempre ripioso y mal oliente.

Con un bastón bacular en la diestra, con su indispensable *petitpot* (jarrito), símbolo de su esotérico sa-

cerdocio; con un collar de tusas secas en el pescuezo y su enorme mitra de pasas amarillas en la cabeza, daba la impresión de un Pontífice del *vodou*.

Por la línea materna, Candé era hijo de una rubia forzada, *envijaá*, natural de las islas de Barlovento, feísima por cierto, pero hermosa y armoniosa como una Venus, a quien Difé consiguió durante una de las zafras del Ingenio de Agua Dulce. De este concubinato antropológicamente estrafalario y libidinoso, vino al mundo el resonante Candé, complicado y peligroso ejemplar del hibridismo tropical.

Candé no era propiamente un brujo ni un malvado, sino simplemente un granuja, un haragán, que vivía de rancho en rancho, asechando traguitos de café y sancochos regalados, esperando en los velorios las salidas de los rincones para *jartarse* como un *Buquí*.

Lo que sí parecía cierto, era que Candé poseía el don de estar en todas partes sin ser visto, y además el don proteico de la divinidad marina, o sea de cambiarse a discreción en *jacho encendío* o en *jacho apagao; en guaraguao* o en lechuza; en gato o en perro con peste. Así lo afirmaban todas las secciones.

Era costumbre de Alejandrito, pasarse la estación del calor en un fundo que tenía su familia del otro lado del río Soco. Un día a eso de las tres de la tarde, estando Alejandrito acostado en su hamaca releyendo las

Vidas Paralelas de Plutarco, le llegó de improviso, por detrás del rancho, el Alcalde de la sección, quien parecía que estaba en zafarrancho de combate. Traía un *brogó*, con su cartuchera en bandolera, un revólver francés de pistón y argolla de la época de Ferrand, una correa de cápsulas medio mohosas y un *cinco clavos* por si tenía que irse a *la upa, cuerpo a cuerpo*.

Alejandrito se levantó, sonreído, y después de saludarlo, díjole:

—Pero bueno, Alcalde, usted va para las llanuras trágicas de Waterloo?

—No *señoi*, yo en saliendo de aquí voi derechito pai ei pueblo, pero antes quiero que me lea un *papei* que me han mandao y que no me ha *dejao doimí*.

Y metiéndose la mano entre el cuero y la camisa, sacó un sobre que le entregó a Alejandrito. Este comenzó a leerlo y a medida que iba avanzando en la lectura, fruncía el seño, demostrando una gran sorpresa.

—Bueno, Alcalde, dijo, este sí es un asunto gravísimo para Ud. El Comandante de Armas le ordena que inmediatamente que se *tope* con Candé, quien está acusado de haberse vuelto perro con peste y de haber mordido al Pedáneo del Cuey, el cual murió rabiando y echando espuma por la boca, que lo haga preso y después de amarrarlo bien apretado, como un andullo, lo lleve *vivo o muerto* a la Plaza.

—Pero, bueno, Alejandrito, y *agora cómo me jago yo.*

En esos momentos apareció a unos cuantos metros de distancia, una puerca vieja y sin pelos, grande y flaca, por debajo de una mata de jobos muy dulces, buscando los jobos goteados. Alejandrito miró al Alcalde con ojos desorbitados y llevándose el dedo índice a la boca, le dice:

—Shh, cállese, Alcalde, que ahí está el hombre. Y le señala la puerca.

El Alcalde jala por su revólver de pistón y argolla, pero Alejandrito le va encima, diciéndole:

—No le tire, Alcalde, no le tire, que a los *galipotes* no les entran las balas: hínquese, hínquese y récele una *manífica cruzá,* para que la pueda coger, amárrela y llévesela al Comandante de Armas.

TIMOTEO

Allá por el año mil ochocientos setenta y uno, siendo Alejandrito muy joven; para dedicarse al comercio, que por cierto no era su vocación básica, sino muy circuntancial y transitoria, se inició en el culto honorable del comercio, con un tarantín de mala muerte, al cual le puso el nombre bíblico de *El Arca de Noé,* ya que él se alababa en decir que allí había de todo y para todos los gustos de su *tumultuosa y fantástica clientela.*

No sabemos si Alejandrito había olido que se estaba armando una *follísca,* una *revolución,* o que ya se veía en la necesidad imperiosa de surtir *El Arca de Noé,* puesto que de ella solamente quedaban tres canecas, vacías, una botella de manteca de culebra, llena hasta la mitad y otra de melao de caña. Además se veía, colgan-

do, una ristra de ajos, *sin una sola cabeza;* y sobre un aparadorcito lleno de telarañas, un cajoncito de los de jabón de cuaba, lleno de tuzas de maíz, que para ese entonces era de *grandísima utilidad* para los *servicios sanitarios*. Lo cierto del caso fué que Alejandrito trató con Timoteo, su peón de confianza, un viaje a la Capital, de ida y vuelta, pero con derecho al *macuto* que no era por cierto muy suculento.

El domingo por la mañana, Alejandrito se topó con Timoteo, en el pueblo arriba, que traía en la mano derecha, sujeto por los agujeros del *jocico*, una cabeza de puerco de esas coloradas y canosas, que era el plato favorito de este *Buquí seybano,* y sobre el hombro izquierdo, un ñango, casi lleno hasta la boca, de *arroz cariaco*. Alejandrito consideró oportuno recordarle a su peón que tenía que dormir temprano en *El Arca de Noé,* porque necesitaban salir muy temprano, para pasar oscuro por Hato Mayor, donde él quería ver un sujeto político, pero eso sí, *que no lo vieran a él*

Dando las nueve en la iglesia, Timoteo empujó la puerta del *Arca de Noé,* y pasando al cuartico donde dormía Alejandrito, en una hamaca de fuerte azul, le menió los hicos y le preguntó:

—¿Alejandrito, Alejandrito, y yo dónde me echo?

meneó los hicos y le preguntó:

—No, le respondió Alejandrito, medio somnoliento, pero coge unas árganas, tiéndelas sobre el mostrador, y como no hay almohada, coge un aparejo banilejo, de medio uso que hay en la cocina.

Como estaban en el tiempo de *la calor,* el obeso y atiborrado Timoteo, se puso *in púrribus naturalibus,* que traducido al criollo equivale a *en cuero en pelotas.* Timoteo, con marcada torpeza, y dificultad muy acentuada se trepó en el mostrador, muy alto, altísimo, del *Arca de Noé.*

A eso de las tres de la madrugada, despertó Alejandrito, y desde el fondo de su conejera, le gritó a su peón: Timoteo, Timoteo, bájate y apareja de *abolío.* Y se dispuso a asearse. A poco, viendo que transcurría el tiempo y no sentía ningún trajín de aparejar, se llegó hasta el corazón del *Arca de Noé* y encontró a Timoteo, completamente desnudo, *nadando en seco,* en el húmedo piso de hormigón, dando unos *pujios profundísimos.* Sorprendido Alejandrito, le preguntó ¿Qué te pasa, Timoteo, tú tienes algún dolor?

No, Alejandrito, contestó ingenuamente Timoteo, *agora si estoy fuñido yo,* poique no sé *por donde tengo que apiame.*

¿QUIEN VIVE?

Se estaba esperando hacía días un movimiento revolucionario en el Seybo, y ya a las siete de la noche no se veía por las calles del pueblo ni un gato, porque la oscuridad era tal y el miedo —su primo hermano— tenían a todo el mundo acuartelado.

Alejandrito, que era amigo del Gobierno, dormía en la plaza. Esa noche, por circunstancias y reclamos especiales tuvo que salir a una diligencia, lo que hizo con la cartuchera terciada y el remitín en la diestra.

Cuando regresaba sonaron varios tiros salteados del otro lado del río. Apretó el paso y al llegar al pie de la cuesta de la Comandancia de Armas, el centinela que estaba muy nervioso con el ruido de los tabicazos que había oído, de los lados del camino del Cuey, le gritó:

—¿Quién vive?

Alejandrito le contestó inmediatamente:

—Del puesto!

Y el centinela le grita:

—Desmóntese!

—Pero cristiano, si yo estoy a pié!

—Desmóntese, le digo. Y cebó la carabina y el *crac*, *crac* rompió el silencio de la noche.

Alejandrito, midió el peligro, y dijo:

—Válgame Dios, pues tendré que desmontarme. Y haciendo el simulacro de que estaba a caballo, echó pié a tierra.

El centinela, todavía nervioso, le gritó:

—¡a su puesto!!

UN ESPEJISMO

Para celebrar el primer veintisiete de febrero del Gobierno del Padre Meriño, *en la silla*, el Gobierno ordenó la celebración de un baile de etiqueta en los salones del viejo y casi destartalado Palacio haitiano, del General Borgellá: palacio, que dicho sea de paso, en el orden arquitectónico, daba la impresión estética de un morrocoy perdido en el fondo de un basurero abandonado.

Como en ese entonces no había luz eléctrica, sino arañas de lámparas de gas, y guardabrisas y velas de esperma, figúrese el lector lo propicio que era aquella catacumba ejecutiva, para un espejismo doloroso, ridículo y trágico.

Ese mismo día, llegó atraído por el suntuoso baile de los azules, que estaban en el candelero, un joven dipu-

tado del interior, amigo de adolescencia, de Alejandrito, pero demasiado *horneado,* como decía Lilís. Apenas se desmontó en la Estancia de la Primavera, siguió para el llamado Hotel Francés, que para esa época estaba en la casa colonial *del Cordón,* que era donde se hospedaba la gente de *campanitas,* y las del Gobierno, cuyo propietario era un bretón, colorado como una pitajaya llamado musié Felipó, que jamás usó saco, pero que tampoco se desencilló de su chaleco color de mono viejo, recargado de un bajo impertinente y agresivo, chaleco adornado y prestigiado por un reloj muy grande de nikel y doble tapa, prendido de una cadena de altos quilates, con la que se podía sostener el ancla de un acorazado.

El Diputado, quien era viejo curruña de Alejandrito, le mandó a decir a éste, que lo esperaba sin falta, para cenar juntos y luego irse para el baile. Que musié Filipó había traído una barrica de vino de Borgoña, el más costoso de Francia.

Salieron a eso de las once de la noche con rumbo al baile, ya alumbrados con las luces del auténtico vino de Borgoña. Al llegar al pie de la escalera palatina, se terminaba una danza *azuana de Azua,* titulada *Tú y Yo,* romántica y ardiente a la vez. Ya a la entrada principal del salón, el diputado que iba del brazo de Alejandrito, con el centro de gravedad completamente extraviado, tu-

vo la infeliz ocurrencia de verse de cuerpo entero en uno de los grandes espejos que adornaban el salón principal y encarándosele a su amigo le preguntó:

—Alejandrito, quién convidó a ese mulato al baile?

—Yo no sé, frersito.

—¿No lo conoces?

¡No!....

—Ni yo tampoco, y se degolló él mismo....

UNA POLKA

Allá por los años de 1881 a 1882, siendo Gobernador Civil y Militar de la provincia de Santo Domingo el joven General Alejandro Woss y Gil, llegó un gran circo zoológico ruso y plantó blanca carpa en la hoy llamada plaza de Cristóbal Colón. Traía además de sus numerosos artistas, lindas mujeres, bellas como sílfides, volatineras y rubias como walkyrias ecuestres, y en su orquesta sobresalía una polka, que los que se creían músicos, decían haber sido escrita por el dulce e inmortal Chopín en conmemoración del patriota rebelde y heroico General Kosciuzko, el del grito inmortal de Finis Polonia. Pero la verdad era que había sido escrita por el padre Alibio Figueiro para ser tocada en las honras fúnebres del imbécil y audaz conde de Abrano.

La polka de marras, por su melodía pegagosa y empalagosa, fue tocada tantas y tantas veces en el circo, que tomó el carácter de fatigante y dolorosa pandemia. La tarareaban los panaderos, haciéndole contrapunto en las tapas de hojalata de sus barriles. La pitaban los enamorados, los muchachos, los carniceros. Garú, el obeso trompeta de caballería, una mañana, por tocar botasilla, tocó la polka. En unos funerales, por tocar la tristísima marcha fúnebre de Petrel, tocaron la polka. Y hasta los mismos serenos de aquella época romántica e ingenua, que cantaban las horas de la noche a los ciudadanos profundamente dormidos, anunciando el estado del tiempo atmosférico, ponían en su canto la música de la consabida polka del circo zoológico.

A la renuncia del gran repúblico, valiente y pundonoroso General Francisco Gregorio Billini, ocupó automáticamente Alejandrito la primera magistratura del Estado. El ejército estaba formado frente a la Cámara de Diputados; el cornetín de órdenes tocó atención, y pocos minutos después, el jefe que comandaba las tropas gritó con voz clara y fuerte: ¡Presenten armas!

El joven Presidente se detuvo frente a la insignia sagrada de la Patria con el bombo de pelo en la diestra sobre el corazón. Acto continuo la banda de música ejecutó la dichosa y torturante Polka del circo de saltimbanquis. Después, seguido de su séquito, partió encolerizado a oír el himno jubilar de San Ambrosio, el Te-

déum, y a recibir las admoniciones políticas y cristianas del Arzobispo metropolitano.

Luego del brindis protocolar de champán en el Palacio, y de regreso ya en su casa de familia, le ordenó al jefe de su Estado Mayor hacer comparecer inmediatamente ante su presencia al Director de la titulada banda de música del ejército: y cuando lo tuvo frente a frente, le dijo:

—Oiga, ¿quién le dijo a usted que yo soy maromero para que se atreviera usted a tocar en vez de un himno la maldita Polka del circo de maromas? Yo quiero que usted sepa una vez y para siempre que si vuelve usted a tocarme esa polka estrafalaria, lo voy a encerrar en el cuarto del Indio con dos pares de grillos al revés. Y puede retirarse!

UN MATRIMONIO

Atraído por su devoción al campo, Alejandrito, para descansar del ajetreo político y sembrar una cantidad de sus dulcísimas chinas, fué a pasar *él solo,* una temporada a su estancia de San Jerónimo, la cual colindaba con la de los Ruiz, ubicada en Mata Hambre, donde había un burro realengo, tuerto, gacho, cargado de garrapatas y mataduras incurables. Muerto el penco que servía para conducir la leche a la capital, y sacar el agua del pozo, muy profundo por cierto, compraron una burra joven, fuerte, hermosa y sana, con unos ojos grandes y aterciopelados. *Bobo,* que así llamaban al burro viejo, hasta la llegada de *Periquita,* discurría a su vez filosóficamente tranquilo, comiendo bejucos de batatilla y mallas; pero apenas le llegó el aura fémina de Peri-

quita, se volvió loco, rompió la cerca, tratando de llegar hasta su adorada Periquita.

Ambrosio, el encargado de la estancia, quien después de apalearlo implacablemente, le echó un bozal, lo atrincó en un abrevadero, a sol, agua y sereno; así pasó la mañana, de cara al sol, sin conservadores, pensando en la joven y linda Periquita.

La tarde de ese día rompió el silencio casi búdico de la estancia, el viejo y chirriante coche cítola de Escarrez, tirado por su incansable y resignado caballo rucio avispado, de pura raza latina, como afirmaba el ingenuo automedonte, trayendo a bordo a un viejo amigo cibaeño, de Alejandrito, quien al verlo se volvió loco de alegría. Lo colmó de atenciones y para calentar la tarde de un frío pascual, descorchó una botella de vino *Garnache,* evocando su primera juventud.

Hace años, le dijo Alejandrito, me informaron que habías caído en juicio, es decir, que cambiaste de estado y procreaste una numerosa familia.

—Sí, pero todas mujeres; no he tenido ningún macho que yo deseaba. Tengo una casada en Nueva York; tengo otra casada en Puerto Rico; la tercera reside casada en México; la cuarta está casada en San Pedro de Macorís; la quinta está casada en La Vega; y la última, se casó hace dos meses, vive aquí, en la capital, que es donde yo estoy parando.

Alejandrito se quedó mirándolo y le dijo:

Señor, Fulano, y aquella muchacha que tú tenías de cocinera, la cual hacía unos sancochos a la manera de Villa Lobos, ¿qué es de ella?

Ah, tú te refieres a Cantalicia, también se casó y vive ahora en *Burende adentro.*

Se despidió el amigo y apenas llegó el coche a la puerta de la estancia, Alejandrito salió a la galería de atrás, llamando en alta voz al encargado:

Ambrosio, Ambrosio!

—Señor.

Suelta el burro *pa que también se case.*

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO, R. D.

UN OFICIO

Alejandrito, Gobernador Civil y Militar de la Provincia de Santo Domingo, había pasado la noche en vigilia y ya en horas de la madrugada, se recostó en una hamaca; se presentó el Ayudante de Plaza, quien a nombre del Comandante de Armas, le dijo: que tenía que mandar por expreso un oficio urgente al General Norberto Tiburcio —el hombre fuerte de Jarabacoa— pero el Comandante quería saber si es Ti o Tri. El Gobernador, a quien ya le picaba el sueño, indignado le contestó: "Ti.... Ti"....

RON TORIBIO

Los bárbaros tienen a veces sentencias tan inmortales como el radio y los dioses: que no mueren nunca.

Solía decir *Macabón,* el dueño y señor de la bahía de Samaná, *"que dos culebros machos, no podían vivir juntos en un mismo joyo"*. Y tal le sucedía a Lilís y Alejandrito, después del mil ochocientos ochenta y siete. Estos dos hombres, no podían vivir en el mismo escenario político, porque tenían el mismo valor y el mismo equipo para dominar y mandar.

Alejandrito, que era un hombre de un sentido aristotélico enorme, sabía que la política era como los calamares que no tienen corazón, de aquí que se planteó este dilema: O yo tengo que matar a este negro o él tiene que matarme a mí. Y en vez de aceptarle un ministe-

rio que le ofrecía, le manifestó el deseo de descansar. De que le cambiara la cartera por el cargo de Ministro Plenipotenciario en Washington y Cónsul General en New York, que para esa época era una canongía supersuculenta, como diría cierto doctor en derecho, de provincia a quien le encantan las superabundancias verbales. Lilís aceptó la proposición, notablemente satisfecho, porque era un hombre que tenía, sin duda alguna, el culto de la gratitud y no podía olvidar que el *Frersito* Alejandrito, había sido su hombre de confianza en el Cabao, en su Marengo, como ya hemos dicho.

Le alistó y sazonó económicamente el macuto del viaje; y en el primer vapor de la Línea Clyde, partió el diplomático para su sede, esto es, salió Alejandrito de Lilís y Lilís de Alejandrito, como si nada hubiera pasado entre los dos viejos y *queridos commilitones*.

La Embajada de Rusia en Washington, quiso celebrar las bodas de plata de los Zares. Y al efecto, preparó una fiesta digna por su munificencia de Timon, de Lúculo y de Trimalción. Alejandrito, en su calidad de Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana, y de su gran amistad con el Embajador y Embajadora de Rusia, está demás decir que asistió a dicha fiesta.

El suceso de aquella inolvidable recepción diplomática, fastuosamente asiática, fueron unos canapé de caviar rojo, del Báltico y unos coctailes, *trepidantes* y

optimistas a base de Vodka, de Scocht Whisky, de Ginebra hoandesa, Vermout y champagne tres sec, preparados por un barman cordón azul, nacido en Viena y educado en la Costa Azul. Alejandrito salió de esa fiesta quebrantado, seriamente quebrantado del hígado y del estómago, pero eso sí, dispuesto a una represalia.

Estábamos a fines del mes de Julio y ya próximo al diez y seis de agosto. La Legación Dominicana, se preparó para festejar el magno y sagrado día de nuestra Restauración política; y al efecto, pidió al Departamento de Relaciones Exteriores cuatro cajas de botellas grandes de "Ron Toribio" de la Destilería de don Toribio Mieses, uno de los comerciantes más honorables de aquella época.

El "Ron Toribio", era destilado de melao de caña de azúcar, pero de una graduación más fuerte que la del Agua de Colonia Imperial, capaz de tumbar a un Cíclope. Pidió además cuatro cajas de vino de cajuil de la fábrica de don Estebita Pozo, preparado especialmente para la constipación y el cólico miserere, para lo que hoy llama la ciencia de Galeno, apendicitis supurada y su secuela peritonitis fulminante.

También pidió cuatro cajas de Caramanchel, e igual cantidad de licor llamado *Alzafalda*, de la "Jacha", para con este equipo báquico, preparar unos coctailes tóxicamente fulminantes y trágicos.

A las tres de la madrugada, al conjuro desorbitador de los coctailes del "Ron Toribio", la Legación Dominicana parecía ni más ni menos que un manicomio bajo la influencia de la luna Nueva. Las Embajadoras acompañadas por los Embajadores, y estos apoyados en los sirvientes, con las *pieles malogradas,* sin zapatillas y algunas casi desnudas, gritaban desaforadamente:

¡Oh my God!.... no more coctail Toribian!!.... mientras la trasbordaban a una ambulancia, pedida con urgencia, rumbo a una clínica....

BAYAHONDA

Siendo Alejandrito Woss y Gil, Ministro Plenipotenciario de la República Dominicana, en Washington y Cónsul General en New York, pasaba de su sede a la babilonica ciudad, a firmar los papeles consulares, el viernes de cada semana, permaneciendo ese día y el sábado, después de haber pasado un good time con sus amigos dominicanos. Esta vez se encontró con su cordial e inteligente amigo, Licdo. Leonte Vásquez, con quien hacía buenas *migas,* y a quien acompañaban otros dos amigos de juventud, que junto con Leonte seguían rumbo a Europa en viaje de placer y de negocio, que es como viajan siempre los comerciantes. Este encuentro trajo el indispensable *rendez-vous,* en un café *antropológicamente tolerante y estratégico.* En esos mismos días co-

rría en las columnas de los diarios, un hecho que conmovió el espíritu de los ciudadanos de aquella gran nación, el linchamiento cruentísimo de dos negros del Sur, casi adolescentes, dos muchachos, *porque dizque* quisieron violentar y gozar de la carne de una joven hermosa, bella y blanca, pensando sin duda en lo que dijo San Agustín, el "Aguila de Hipona", momentos antes de su conversión.

"La carne es buena.... blanca o negra, agregamos nosotros.

Con el whiski y la cerveza fría, se inició el amable *simposium*, trayendo el tópico palpitantemente repulsivo del linchamiento.

Había en el grupito de amigos, un joven de gran talento, de cultura y templado carácter, amigo de Alejandrito, que se derramó en justas y acertadas consideraciones sobre el linchamiento y sobre la severa discriminación de la raza de color en un pueblo como el de los Estados Unidos de Norte América, tan grande, sobre todo por su culto irrestricto a las libertades y garantías humanas.

Ud. me conoció de niño, y yo era insospechablemente rubio; pero más tarde se me apareció la tara con violencia e impiedad. Este *handicap* ha tronchado mis aspiraciones, haciéndome sufrir mucho. No tuvo inconve-

niente en decirlo a los camaradas, ya que algunos tenían muy poca diferencia en la misma pinta.

El tópico cambió de rumbo, y un par de horas después, la cerveza fría y el whisky con soda, principiaron su diurética. Alejandrito pidió permiso, y puso proa franca a los mingitorios, y seguido —obedeciendo al *contagio español en esta función*— le siguió Leonte, quien era muy chispeante, y se colocó en el servicio próximo.

Leonte!

Leconte!.... la *tragedia antropológica* de este muchacho, está en que cogió para acá, sin esperar que le fermentara la mulatería, para ver en qué quedaba.

A él le ha pasado lo mismo que a la *bayahonda azuana*: Cuando la mata está chiquita, se le puede pasar la mano, pero después de grande, le salen las espinas y no hay quien le entre.

EL MIEDO DE ARRIBA

Llegamos al año memorable de 1930. Alejandrito ya no es Alejandrito, sino Don Alejandro. La fe de bautismo y un quebranto mortal, le retienen definitivamente en su hogar. Por cariño y admiración a su talento, preguntaba yo por él todos los días y el domingo permanecía junto a su silla de extensión, desde las nueve de la mañana hasta la hora meridiana.

Todos sabemos que Don Alejandro tenía un tacto como el filósofo Demócrito y un escepticismo digno de Pirrón. El nunca sabía nada, siempre decía, al informársele de algo: 'Primera noticia". Conmigo siempre guardaba menos recelo.

Esa mañana al yo entrar me preguntó:

—¿Hay algo de nuevo?

—Bueno, se dice que Tiberio y su corte tienen un *culillo tremendo.*

—El miedo, me contestó, es amplificador como una lupa y contagioso como la viruela alfombrilla. El miedo es el genitor de todas las grandezas y miserias humanas.

—Bueno, sí, pero yo entiendo que un hombre de su valor nunca debe de haber sentido miedo?

—Sin embargo, me contestó, te voy a contar una especie: En el año de 1882, era yo Gobernador Civil y Militar de la Provincia de Santo Domingo y estaba una noche de juerga en compañía de varios amigos azules, gobiernistas, y algunas muchachas alegres, esperando un *sancocho*, cuando llegó un expreso y me dijo a *sotovoce*: "General, de parte del Comandante de Armas, que vaya inmediatamente, en el término de la distancia, que tenemos a Braulio aquí dentro.

—¿Cómo?, exclamé.

—Sí, se metió por Santa Bárbara.

—Vete y espérame en la esquina, que yo voy a salir por el patio.

Cinco minutos después de llegar yo a la Gobernación, casi todos los presentes se pusieron a mis órdenes, pidiéndome que les armase: les había picado el *"mieo de arriba"*, que es el más terrible de todos los miedos políticos.

UN BRUMELLE

Don Alejandro sabía vestir con la corrección, elegancia y sobriedad británica, como lo califica el "Sartus Resartus" de Carlyle.

A Don Alejandro como el Gobierno dominicano lo nombró Ministro en Washington y Cónsul General en New York, donde ancló, más que por lo suculento del puesto, porque llegó a convencerse que Lilís quería ponerle agua salada de por medio. Un año después de permanencia en esa ciudad, pidió permiso para pasar sus vacaciones pascuales entre los suyos y llegó a fines de diciembre. Demás parece decir, que vino vestido con una elegancia *brumélica*; traje gris ratón, que es tono de los caballeros de gusto sobriamente refinado, sombrero de fieltro Stetson, una caña de malaca legíti-

ma, de los bosques del Cuersonezo, guantes de piel de Suecia, y sin una sola prenda *rutilante* ni *epatante*

Dos días después de haber llegado en uno de aquellos presidios flotantes que la compañía Clyde se empecinó en calificar de pasajeros, en vez de carga únicamente, Don Alejandro fué a saludar al Presidente.

Llegó a Palacio, media hora antes del Consejo de Ministros. Lilís se adelantó a recibirle al pie de la escalera. Al verse se abrazaron efusivamente, y con los brazos puestos sobre sendas cinturas entraron al gabinete donde estaban los Ministros.

Señores, les dijo Lilís, vean al frersito Alejandro, yo no le conocía, si lo que parece es un *blanco inglé*.

—Mire, Frersito, deje eso para la noche, ya que Ud. mismo me ha dicho que su envidia la lloran los morenos, de noche.

—Y los mulatos, de madrugá, le contestó Lilís, cuá, cuá, cuacá!....

COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

EL VATICANO

Para Pancho Troncoso,
talento, cultura y virtud.

Seguro que nuestros amables y tolerantes lectores pensarán que les vamos a hablar del Palacio de los Papas, fundado por San Timaco, edificado sobre la colina de su nombre, de sus Logias y su Capilla Sixtina. Nada de esto, pues nos vamos a referir al caramanchón medio destartalado de la calle Estrelleta, de esta ciudad, del Vaticano gástrico, fundado bajo el pontificado del honorable, laborioso, complaciente y super tolerante Don Luis Garbozo, aquel maravilloso e inolvidable *cordón bleu* digno de las vulcánicas e inapagables cocinas de la Santa Sede, donde se daban cita gástrica los trasnocha-

dores de la Ciudad Romántica, ya desgraciadamente sin romanticismo, ni románticos, más bien super-recargada de practicismo y judaísmo. El Vaticano de Don Luis Garbozo, tenía una fama tan sólida y resonante, fama que le venía de sus palomas, carite en escabeche y otros guisos esencialmente forklóricos. Todo extranjero más o menos notable, para poder enorgullecerse de conocer la República, debía consagrarse bajo sus bóvedas de zinc.

Estábamos en la segunda presidencia de Alejandrito, la del épico cuartelazo del 23 de Marzo del año 1903. El Presidente, quien era un noctívago, su secretario particular, el brillante escritor y sensitivo poeta, Cayo Petronio Raf. Octavio Galván y Velázquez, y dos o tres jóvenes más haciéndole compañía a un notable poeta centroamericano. A eso de las dos de la madrugada, se puso en pie Alejandrito, y nos dijo: Les invito a que vayamos a visitar El Vaticano, que esta noche no debe estar muy concurrido. Allá formaremos el *simposium*, como decían los griegos.

El poeta, sorprendido le preguntó a Cayo Petronio Galván, qué invitación es esa? Fello le contestó muy serio: Te vamos a consagrar en el Vaticano. Y partimos para la calle Estrelleta, de Ciudad Nueva. Ya Don Luis Garbozo, chupando con sibaritismo su sempiterna colilla de cigarrillo, esperaba al Presidente, quien apretandole la mano le preguntó: dónde está el sargento de artillería, Cuevitas.

Dos minutos después, el heroico y diminuto, como Napoleón Bonaparte, sargento Cuevitas, estaba militarmente cuadrado frente al Presidente, quien le ordenó ocupar su puesto. Seguidamente teníamos de frente sendas palomas en escabeche, sus correspondientes plátanos salcochados y las indispensables *perseas gratísimas*, como llama el ilustre naturalista Lineo a los inciviles aguacates. Al despedirnos, el Presidente, siempre fino y en un retozo democrático, le declaró solemnemente a Don Luis: Si el sabio Pontífice León XIII —el hombre más grande de su siglo— hubiese tenido la gloria de comer unas palomas de coronitas blancas, ahogadas en salsa tutankámica y reahogadas en un jengibre con canela, digno del paladar de Santana, le hubiese nombrado Camarlengo; y sacando un billete de diez pesos, se dirigió al sargento Cuevitas y le dijo:

—Sargento, guarde eso para que engrase su pieza de artillería.

GOTARRODONA

Don Fed. Gotarrodona era madrileño mil por mil; tenía en Santa Bárbara, un restaurant, especialmente para los trasnochadores. Después del atractivo personal de *Gota,* como le llamaba Don Alejandro, tenía siempre un frasco de ruedas de carite a la vinagreta y vino Manzanilla *frape*, delicioso y turbador. Gota era imaginativo, pintoresco y verborraico. Demás está decir que cuando Don Alejandro llegaba, se multiplicaba en atenciones, en cuentos y chistes. Esa noche llegamos al Guadalquivir, que así se llamaba el restaurant de Gota. Acompañaba al Presidente, el pundonoroso y valiente General Miguel Mascaró. Su Secretario Particular, el escritor y poeta, Licdo. Rafael Octavio Galván, y dos o tres intelectuales más, la cual era su escolta predilecta.

El Presidente le presentó al General Mascaró, como si fuese un verdadero español, para animarlo y enorgullecerlo. Después de ordenar al sirviente, con voz de mando, un servicio para Don Alejandro, y su escolta, se montó a horcajadas en una silla frente al General Mascaró, haciéndole un recuento pomposo y algo fatigante; le habló del Cid Campeador, de Pelayo, de Churruca, y qué se yo cuantas cosas más.

Después que el Presidente terminó de comer su ración de pescado, a la vinagreta, y la pisó con una copa de Manzanilla, frape, pasándose la servilleta por los labios y dirigiéndose a Gotarrodona, le dijo:

—Gota, has hablado mucho sobre las cosas grandes de España; pero has olvidado las tres cosas más grandes de España.

—¿Cuáles son, Presidente?

—El carite a la vinagreta, el Quijote y el Agua de Carabaña.

UNA ASAMBLEA

Alejandrito presidía una Asamblea Constituyente, de la cual era miembro el Presbítero Eliseo Echavarría, representando la provincia de Santo Domingo. Sea por fas o por nefas, pasaron días y más días sin que fuera posible integrar quorum. El Padre Echavarría, quien era un hombre serio y de mucho ácido, tenía sumo interés en presentar y tratar de hacer triunfar una moción, que a su noble entender, era profundamente útil, desde el *punto de vista político y social*. Una mañana traía el Padre la sotana en la cabeza, como dicen, dispuesto a ponerle los puntos a las *ies;* y pensando que encontraría a sus colegas cumpliendo su noble función, resulta que los encuentra sentados en el patio, uno hablando de política y otros de gallos y de mujeres. Y dirigiéndose

—echando chispas— al Presidente de la Asamblea Constituyente, le dijo:

Alejandrito, qué dirán las naciones extranjeras, de nuestra conducta tan desvergonzada e injustificada?

Alejandrito, con su calma estoica y sindéresis aristotélica, le contestó:

—Pero Padre, si esto no es una Asamblea, sino una reunión de amigos, que tratamos de pasar las horas dentro de la mayor cordialidad sin pretender arreglar el mundo....

UNA VICE-PRESIDENCIA

Ese domingo lo encontramos un poco más animoso, porque le estaban aplicando coramina. Cuando me acerqué a su silla de extensión, me tendió su mano febril y me dijo: ¿qué diton de nuvo?

—Sí, le contesté, tenemos alguna novedad. Parece que entre el Presidente y el Vice, hay desacuerdo político, no marchan bien.

Y con la barba *Boulanger* sobre el pecho, me contestó:

—En política las líneas a seguir son las paralelas. En estas latitudes tropicales e intertropicales, es muy difícil saber llevar el timón de una Vice-presidencia sin volcarse.

Nosotros, que sabíamos que él manejaba la dialéctica, ese arte socrático, con método y justicia, le preguntamos:

—Y a propósito, ¿como se hizo Ud. para guiar y no volcarse, durante la Vicepresidencia de Billini?

Fijó sus ojos que fulguraban detrás de los gruesos vidrios de sus espejuelos, y me contestó:

—Me puse a releer los doce tomos de la Historia Universidad de César Cantú, esperando que Gollito desarrollase su brillante programa de gobierno.

EL PLEITO DE MOCA

Corría el año trágico que llamaban de los Victoria, porque después de la muerte del General Ramón Cáceres, ocupó la Primera Magistratura del Estado, el bondadoso caballero Don Eladio Victoria (Quiquí) y al frente del Ministerio de la Guerra, su sobrino el General Alfredo M. Victoria.

Por recomendación de Don Alejandro y un grave quebranto económico mío, fuí a parar al equipo técnico para la construcción de la carretera de Moca, bajo la dirección del ingeniero Don Alfredo Scaroina, uno de los hombres más finos y decentes que yo he tratado. El ingeniero Scaroina, comprensivo y generoso, para que no hiciera nada, me entregó un *pluviómetro*, cuyo artefac-

to jamás —para bien de la lluvia y descanso mío— jamás lo leí, mejor dicho, lo registré.

La revolución había infectado el Cibao. Las lomas de Moca eran un *pandemonium*; a los revolucionarios ni el gobierno los atacaba en sus guaridas inexpugnables, ni ellos bajaban al llano a atacar al gobierno. Alguien dijo en el cuartel de la Guardia, que ese bucarito capitaleño, era más peligroso que un guabá.... y por la mañana fuí a parar a la barra de la Fortaleza, con un proyecto de tumor luetico en una ingle y una *biblia en el bolsillo*....

La noche estaba recargada de un silencio auguralmente trágico, a intermitencia sólo se oía el quién vive de los centinelas. Cuando en la campana del reloj del Ayuntamiento, sonaron las tres de la madrugada, rompió el fuego de fusilería de la Estación del Ferrocarril, de la Gobernación y la Fortaleza. La Plaza la defendía el pundonoroso, valiente y caballeroso General Don Santos García. El jefe del ataque revolucionario, era el bravo General capitaleño Virgilio Alvarez, quien después de tres horas de lucha, con el sable chorreando sangre humana, me sacó de la barra haitiana y del calabozo, más haitiano aún por lo obscuro y fétido. Yo no sé, pero el General Alvarez asegura que ni en la acción, se me apretó el pecho y lo que quería era pelear mucho; pero después de la acción, sentado en la puerta de un bohío que estaba en una loma pequeña, donde me había recomendado mi libertador, gritó un muchacho: Ahí viene el

gobierno. Apenas lo ví, dejé el café, saco y sombrero, y salí huyendo, como un gallo que le dan un golpe de Estebanía.

Viejo —le dije a Don Alejandro, que era a quien le contaba la especie, a qué se debe esa vergonzosa permuta? El me contestó: Eso no fué miedo, tú eres hijo de español y los españoles no tienen miedo. Lo que pasa es que se necesita más valor para huir que para pelear. A ti te pasa lo que le pasaba a Napoleón, quien era un rayo en el ataque; pero siempre se desmoralizaba en la derrota. Para huir se necesita más valor que para atacar.

UNA MONTERIA

Para *Mario Abreu Román.*

Estaban haciendo tertulias en la puerta de la barbería "La Diva", de Panchito Torres, Don Alejandro, Don José Ramón López, Don Darío Franco, (siempre franco) gerente de una acreditada compañía de seguros de vida, instituciones de tanta utilidad social, y otro amigo íntimo, del que suscribe (como dicen los notarios). Para ese entonces, nuestro gran Darío, no el Rey de Persia, sino gran ciudadano de la ciudad heroica de los treinta caballeros, para esa fecha, ya había tenido la previsión de hacerse ciudadano capitaleño para bien de él, del Cibao, de la civilización y garantía nuestra,

de nuestra psicología, de nuestra alma, pero sobre todo de nuestro intelecto.

A eso de las 4 de la tarde, pasamos por la acera del frente, y le hicimos un saludo digno de los cortesanos del Rey Sol.

Nuestro gran Darío, siempre cortés y sonreído, le gritó a Von Félix: Compay Von, hoy parece que *habío* sangre, y él contestó: Sí, compay Darío, espesa y buena para una transfusión.

Darío, que admiraba al lider del "Sol del Canadá", por su talento, y su lealtad, su gentileza y exquisito don de gentes, aprovechó el momento *psicoanalítico* y le dijo a Don Alejandro: Yo quisiera, Don Alejandro, que Uds. me dieran la clave de ese *curruñismo* de la *afinidad* entre Von Félix y Vigil-Díaz. Von con un sentido comercial maravilloso, con una armonía del desorden y una vocación literaria demencial, me parecía que jamás podrían marchar en paralela.

Don Alejandro le contestó: Si tú hubieras asistido a una montería de *barracos alzaos*, como he asistido yo, te darías cuenta del fenómeno.

—Explíqueme eso, Don Alejandro.

—En el Este, sobre todo, cuando se va a *barraquier* (como dicen los monteros) éstos llevan del tramojo tres o cuatro perros fuertes; y uno de esos perritos descendientes de los famosos *podencos,* perros que trajeron los

conquistadores, tercos como un cáncer, por lo regular color de candela y flacos como una interrogación de hambre en el infinito. Este va siempre suelto, porque su misión es rastrear, levantar y parar el barraco, que casi siempre es en el hueco de una jabilla, cerca de una ciénaga fermentada y hedionda, donde se da sus abluciones. Ya entablonado en la jabilla, tramojan al perrito, y sueltan los perros de orejas (como dicen ellos) Los perros seguidos del *toreador,* con un ramo de jobillo en la siniestra y en la diestra un colín que corta un pelo en el aire, azuzan los perros, gritando muy fuerte: Cordon con *ei,* Almirante, a la oreja, sin *mieo* a la *upa.* El barraco, con una marejá de espuma en la trompa, ya convencido de que el pleito es de vida o muerte, se decide abrirse paso, emulando al General Buceta en el sitio de Santiago. El toreador azuza otra vez los perros y dice: Barraco del diablo, sal al claro. El barraco le enbiste, ciego ya por la ira y el ramo de jobillo, y entonces el toreador cubriéndose en los cuatro ángulos, le dá una puñalada en el guarguero, digna de Von Félix, que en materia de seguros, es un soldado de la Media Brigada de Neyba.

LAS PRESENTACIONES

Es bueno que sepan los seibanos de estas últimas generaciones, que la cuna de Alejandrito Woss y Gil, es la de las suaves faldas y hondonadas de Santa Cruz del Seybo; pero que su niñez y su adolescencia las pasó a orillas del río Yaque. Sus más queridos, los amigos inolvidables eran los de Santiago de los Caballeros, siempre vivía preguntando por ellos, en una querencia emotivamente sincera y sentida. Cuando un capitaleño llega allá, los de su época, los viejos de ahora, le preguntan a Ud. si conoce a Alejandrito, y él como está, está bien. Salúdemelo, démele un abrazo en mi nombre, dígale que cuándo viene a vernos. Que se recuerde que él no es búcaro, que él no es de Uds. sino de los de nosotros y muchísimos reclamos más, de puro cariño.

Con motivo del primero y único juramento constitucional del Gral. Horacio Vásquez, los santiagueros horacistas de aquella época —que en paz descansen— invadieron la Capital. El hotel Colón estaba *tepe tepe*, algunos tuvieron que dormir en una enramada que había en el traspatio, pues las aguas siempre buscan su nivel. Su dueño, el gentilísimo y generoso Paquito Ranero, tiene su cuerpo aquí y su alma y su pensamiento en Santiago. Habla y escribe el cibaeño mejor que el castellano, a pesar de sus complicadas y atrabiliarias raíces de origen árabe, amén de su cocina suculenta y sabrosa, que según Brillat de Savarin, el inmortal autor de la *Fisiología del Gusto*, constituye la felicidad de la vida, pero sobre todo del matrimonio.

Uno de los viejos amigos de Don Alejandro, después de consumir su opíparo desayuno, super nitro-genado, en la mesa larguísima del comedor, le dijo al dueño del *Hotel Colón*, que los atendía personalmente, con cariño:

—Paquito, ¿dónde vive Alejandrito Gil?

—Allí, ven que te voy a enseñar.

Al oír la pregunta y la respuesta, tres o cuatro jóvenes, le suplicaron que querían ir con él, porque querían conocerlo y el grupo se dirigió, y como un Gobernador de los tiempos cavernarios del fenecido *Concho Primo*, invadieron el zaguán de la casa de familia, lla-

mando a voces a Alejandrito. La señora, sorprendida bajó la escalera, azorada, pensando que lo venían hacer preso, preguntándoles en qué les podía servir. ¿Alejandrito no está aquí? No, señor. ¿A qué hora viene? No sé. Dígale que fulano de tal, santiaguero, ha venido a verle, a abrazarle y a presentarle estos jóvenes, que han oído hablar de él y están locos por conocerle.

La señora, ya repuesta del susto, le contestó: Muchas gracias, se lo diré.

Los jóvenes, urgidos como todos los cibaeños por *abandonar cuanto antes la Capital*, se fueron por la madrugada. El amigo de infancia y adolescencia de Don Alejandro, no quería irse sin verle, abrazarle y conversar con Alejandrito; y sin esperarle, por sorpresa, se encontró con él y después del riguroso y apretado abrazo, característico de tierra adentro, Don Alejandro le preguntó:

—Dime, ¿la gente que andaba contigo se fué, verdad?

—Tú no sabes lo contrariados que estaban, porque no te encontramos para presentártelos....

Mejor es así, le dijo Don Alejandro.

—¿Por qué?

—Porque se llevaron el deseo.... y porque nosotros, los viejos, con la gente que conocemos, tenemos ya carga y sobornada.

—¿Cuando te vas?

—Por la madrugada.

Abrázame a los muchachos. A Vicentico, el viejo, dile que voy a ir por allá, para darle unas pancadas en el charco de Nibaje.

—Ah Alejandrito, tú no cambias, siempre el mismo, siempre *cananero*.

UNA JUBILACION

Siendo Alejandrito, Gobernador Civil y Militar de la Provincia de Santo Domingo, ingresó en la Banda Militar del Batallón Ozama, el estimable joven Fernando Rueda, quien después de veinticinco años de servicio activo, requirió de Don Alejandro un certificado con el fin de obtener del Estado, una merecida jubilación.

Don Alejandro aceptó gustoso; pero antes de firmar, con la pluma en suspenso, le dijo:

—Mira, Rueda, en estas cuestiones se necesitan tres requisitos indispensables: tener derecho a la jubilación, saberla pedir y que quieran dársela.

BNPHU

UN SOMBRERO

Como ya comenzaban a soplar los vientos impenitentes y gripales, de "San Andrés", Don Alejandro quiso cambiar su fino Panamá por un fieltro; y al efecto se dirigió a la antigua y acreditada sombrerería "La Borinquen", de los Menéndez, donde compró un Stetson, pero bastante alón.

Cuando se lo mandaron, quiso probárselo nuevamente para usarlo durante todo el invierno. Estaba en la sala frente a un espejo de cuerpo entero, reprobándose el Stepson, cuando pasó su hija, la notable pintora Celeste, se detuvo y fijándose en Don Alejandro, le dijo: Papá, devuelve ese sombrero, que no te queda bien.

Más tarde volvió a repetirle lo mismo. Don Alejandro no le dijo nada; pero al día siguiente, estando él leyendo en su mesa de estudio, le dijo nuevamente: Jesús, Papá, ya te he dicho que no te pongas ese sombrero, porque te queda muy mal. El levantó la vista del libro que leía y le dijo: Mira, muchacha, el sombrero no es el que me queda mal, sino soy yo quien le queda mal al sombrero y a todo.

EL ECLESIASTES

Ya para el año de 1927 comenzó Don Alejandro a sentirse amargado por el quebranto que lo llevó al sepulcro.

Una mañana entramos en el ex-Convento de los Dominicos, a darnos un *duchazo místico* y alcanzamos a ver a Don Alejandro sentado en un banco frente al altar de San Rafael Arcángel.

Horas después lo encontramos en el anexo del Fausto y confiados en su tolerancia y su cultura, intentamos decirle lo que le dijo Hamlet a su tío: "La oración que no sale del alma no llega al cielo". Pero me limité a darle unas palmaditas de cariño en el hombro repitiéndole con el dulce y armonioso San Ambrosio: "A los hombres

se les puede engañar, pero a los santos, no". Y él, siempre filosóficamente tolerante, se sonrió y como buen espadachín, se cubrió en los cuatro ángulos y me ripostó:

—Parece que tú no sabes que ya yo cogí iglesia.

¿Qué causa?

—Ordenes del subconsciente que es la Suprema Corte del alma, por un lado, y por otra parte, que cuando no hay necesidad de consultar a Maquiavelo para cuidarse del Demonio, hay que leer el Eclesiastés, para coger el camino franco hacia Dios.

UNA GRIPE

Ya se nos iba quedando dentro del tintero, una tertulia interesante del parque Colón; y era aquella que llamaban la del banco donde se sentaba, frente al restaurant Fausto; era de dos bancos, y casi siempre estaba presidida por Don Alejandro, por su mentalidad y experiencia.

En esas noches andaba suelta, haciendo estragos, una gripe, que por su carácter parecía una influenza. Como a las ocho, llegó un sujeto que formaba parte del grupo; pero que desde lejos se sabía que tenía un moquillo con bufanda al cuello, tosiendo y descargando la nariz cada minuto. Al verlo acercarse, sacó Don Alejan-

dro su pipa y la encendió como medida profiláctica frente a esa amenaza de catarro. Apenas llegó al banco, me puso una mano en las rodillas y muy afanoso me dijo: compay, échese para allá, para quedar al lado de Don Alejandro, que tengo frío, me siento febril. Don Alejandro guardó silencio, pero no hacía más que echar bocanadas profilácticas de humo de su pipa. El sujeto le miraba con cierta insistencia y al fin le dice: Yo admiro su salud, Don Alejandro, ¿a Ud. nunca le dá gripe? y Don Alejandro, inquieto, deseando irse, lo miró muy serio, y le contestó: A mí nunca me da gripe; a mi me la pegan.

UN CONSEJO HONRADO

Un joven, asiduo concurrente a la tertulia del banco de Don Alejandro, fué agraciado por la Lotería Nacional con un premio de DOS MIL PESOS ORO. El joven era de temperamento alegre y parrandero. Tan pronto como se enteraron del premio, asediaron al afortunado joven, proponiéndole negocios, hipotecas etc. El decía a todos, mañana te avisaré, porque tengo que ver a una persona antes de realizar algún negocio. Y en verdad, quería consultar a Don Alejandro, como hombre de experiencia y recabar sus consejos sobre lo que debía hacer con el dinero que le había favorecido la Lotería. Don Alejandro, le aconsejó honradamente: No realices nada, que el dinero que proviene de la Lotería, se evapora; cómetelo y bébetelo, que así complacerás a la suerte, y sobre todo, a ti mismo, que es lo que te interesa por ahora.

EL CUADRAO

Al leer nuestros lectores este título, automáticamente pensarían que se trata de un balance de caja; pues nada de esto. La amistad del "Cuadrao" y Alejandrito, tenía su origen en el colegio "San Luis Gonzaga", fundado por el Padre Billini, donde ambos habían sido clérigos.

Cuando la Presidencia del año 1886, fué uno de sus hombres de suma confianza. Después se traspapeló en el Este, y sólo de cuando en vez venía a la Capital. Alejandrito le llamaba cariñosamente el "Cuadrao" por su estatura *cuadrada*, como la del Emperador Vespaciano y la del General Boves.

El Cuadrao era guapo, leal, sincero, pero demasiado imaginativo y desconfiado en política e inquieto como un leopardo.

Al día siguiente del 23 de Marzo de 1903, se presentó en la Capital en el velero "Mario Emilio", procedente de San Pedro de Macorís; se amarró el sable, poniéndose al frente de una de las trincheras más peligrosas, dispuesto a morir en defensa de la causa de Alejandrito. "Hace medio siglo que estoy abajo y cansado de trabajar, así es que en ésta, *"o caja o faja"*.

Ya Don Alejandro en la Presidencia de la República, un día, aún no habían sonado las seis de la mañana en el reloj del Ayuntamiento, cuando el Cuadrao se vió conmigo en mi residencia, y me dijo que tenía mucho interés en que lo acompañara donde el "frersito" Alejandro, porque quería hablar con él algo muy interesante para nosotros. Le contesté que yo tenía los caballos listos en el patio y las espuelas puestas para salir para el Hato de la Pringamosa; que no podía complacerlo dada la responsabilidad de los intereses a mí confiados, y por otra parte le recordé la discreción de Alejandro y la confianza que tenía él de poderlo ver, hasta en pijama. Le advertí también que la índole del asunto que él le quería tratar a Alejandro, éste lo desviaría debido a mi presencia. Que fuera solo y sería recibido seguido. Oyendo mi consejo salió para la llamada casa de San Pedro, residencia del Presidente.

Allí le brindaron café y desayuno junto con el Presidente quien estaba en ese momento a la mesa haciendo lo mismo.

—He venido a advertirte por que desde anoche los bolos y los rabuses están tocando *cuyaya* con sordina.

—¿Y por qué?

—Tú no sabes que tenemos la revolución encima: todos están contra nosotros. Tus verdaderos amigos me han encargado decirte, que no te sienten la muñeca; que hay que romperle el pescuezo a media docena de *cocotuses,* para entonar esta situación.

—Oyeme, Cuadrao, yo lo sé todo y estoy tomando mis medidas. Dímele a ellos que ya no es la época de las "*calaveritas*", que ya ese tiempo pasó para mí. Déjalos que se muevan que tú puedes estar seguro que la caballería pesada prusiana, les va a pasar por arriba.

Y agregó esta sentencia pirroniana, por lo escéptica:

—Hay momentos en la vida política de los hombres y de los pueblos, que la manera más útil y práctica de gobernar, es no gobernar....

EL PICA PLEITOS

Una noche estábamos sentados en el parque Colón, en agradable compañía de Don Alejandro, cuando se presentó un pica-pleitos y le dijo:

—Como Ud. es un hombre versado en derecho, en leyes y de gran experiencia, deseo que me ilustre y aconseje, porque yo, guiado por mi ignorancia, pienso etc.

Don Alejandro, quitándose la pipa de la boca, le contestó:

No sigas. Si tu ignorancia te aconseja lo que piensas debes hacerlo, actúa de acuerdo con tu célula virgen, en la seguridad de que triunfarás.

—Muy agradecido, le dijo el pica-pleitos; y Don Alejandro le contestó en francés:

—Il n'y a pas de quoi (no lo merece).

Después de haberse despedido el pica-pleitos, nos dijo:

—Para qué habré leído yo la obra de Voltaire sobre la tolerancia, cuando esta gran virtud es inútil, y por ende, de acción negativa en nuestra tierra.

PATENTE

Otra mañana de la época de los americanos, en la barbería "La Diva", de Panchito Torres, estaba uno de esos generalotes *tragabalas*, que antes de llegar los *brothers* comía carne humana cruda, y que súbitamente se transformaron en ovejitas del redil del manso y dulce San Francisco de Asís.

En la mesita de los periódicos, Don Alejandro y el Ministro Americano Míster Russell, hablaban en inglés. El traga-balas se afeitaba tendido en el sillón. Entró un joven y equivocándole con otra persona, se le acercó, diciéndole: Oh, Fulano, quería verte. El tragabalas retiró la mano del barbero e incorporándose un po-

co en el sillón le contestó con cara patibularia: Yo no soy la persona que Ud. busca; yo soy el General Fulano.

El Ministro Russell se sonrió y Don Alejandro le dijo en inglés: "A todo esto, el Almirante Knapp en el Palacio Nacional, patente como el Santísimo Sacramento....

EL TALENTO

Al hablar de tertulias del pasado y presente siglo, echamos en olvido una interesantísima, la de la barbería "La Diva", establecida donde está hoy el elegante cine Capitolio, en la planta baja de la casa ocupada por la familia Woss y Ricart.

Allí se reunían en la tarde, Don Alejandro Woss y Gil, Don Alito Abreu, Don José Ramón López, Don Aurelio Fernández, uno de los veteranos del Cabao; y a veces dos o tres jóvenes intelectuales, a oirlos con la atención y el respeto debido.

Una tarde, no sabemos por qué causa, los jóvenes hablaron del talento de ciertas familias capitaleñas, del

talento de los Heureaux, de los Pichardo, de los Garrido, de los Nouel, y otros más.

Una tercera persona que a la sazón llegaba, discrepó, morbosamente, diciendo que no estaba de acuerdo, porque X, miembro de una de las familias talentosas, era muy bruto; y dirigiéndose a Don Alejandro, quien estaba junto a la mesita leyendo un periódico, y fumando su pipa, le dijo: Don Alejandro, ¿no es verdad que fulano es muy bruto? Y él contestó:

—Yo no le conozco, pero he oído decir que es bruto de padre y madre, y continuó leyendo su periódico, como si no hubiese dicho nada, absolutamente nada.

UN GENIO

Cuando el Dr. Martínez Boog, siempre con la cara amarrada, pero siempre noble y generoso, me entregó en su Laboratorio bacteriológico, un sobre lacrado, y me dijo: Llévale a Chachí, pensé que era mi boleta de defunción. Llegué a la policlínica del Doctor Fiallo Cabral, y le hice entrega del sobre fatídico. El doctor, a medida que leía fruncía el entrecejo y dijo:

—Esto es serio, *Wasermann y Kant,* la alemana y la japonesa. Tres cruces y la del cementerio cuatro.

—Yo lo presumía.

—¿Por qué?

Porque de un tiempo a la fecha, siento una clarividencia mental y psíquica extraordinaria, una potencia

creadora inusitada. Hasta hoy creía que tenía una inteligencia común; pero ya tengo la seguridad absoluta de que soy un genio. Alejandro el Grande, Julio César, Napoleón, Shopenhauer, y Federico Nietzch, eran fracastorianos, y me eché a reír.

—Deja tu humorismo, ve seguido al almacén de drogas que está frente al parquecito Padre Billini, procura al Conde de Mondesert, quien ha venido por tierra, y le dices en mi nombre, que te obsequie dos cajas de muestra de Bismutoidol, que vamos a probar en ti, este último específico, como si se tratara de un conejo.

Estábamos de cúbito en la mesa de operaciones, esperando la reacción del inyectazo que me puso, profundamente, en mi antiestética y magra región glútea, cuando sentí en la sala de espera, una fuerte discusión filosófica. Nosotros, que tenemos una vocación patológica por la filosofía, nos levantamos y con los pantalones medio-caídos, y la faldeta de la camisa toda por fuera, nos incorporamos a la discusión, tratando de aplacarla; pero se fué acalorando más y más. El Licdo. Antonio García, hombre probo, fuerte y apasionado, decía, que no y no. Y el Doctor Fiallo Cabral, que sí, empeñado en sacarle de su error. En esa tesitura, llegaron hasta la acera, en nuestra compañía.

Don Alejandro estaba de pies en la puerta del anexo del restaurant "Fausto", atraído por el inesperado y

estrepitoso escándalo filosófico. Al vernos nos llamó, y dirigiéndose al Licdo. García, le preguntó:

—¿Qué te pasa Antonio, con el Doctor Fiallo Cabral?

—Nada, Don Alejandro, que no los puedo pasar, no los puedo pasar!....

—¿A quienes, Antonio, a los bolos?

—No, Don Alejandro, a los *neo-platónicos* a los *neo-platónicos!*....

EL ULTIMO ADIOS

Los griegos simbolizan la amistad, en una divinidad preciosa, con la cabeza desnuda y el pecho descubierto del lado del corazón. En el Olimpo latino, representaban la misma divinidad coronada de mirtos y flores de granado entretejidas, llevando en la frente estas palabras: "Invierno y verano"; y en las franjas de su túnica, estas otras: "Hasta la vida y hasta la muerte".

Para Pitágoras, el filósofo del silencio, la amistad es el vínculo de las almas delicadas. Para el inmortal trajeda Esquilo, la verdadera amistad de los hombres es un regalo de los dioses. Para Sócrates, el Padre de la moral, la amistad es el único encanto inefable que sostiene el mundo.

Aristóteles hizo grabar en el frontispicio del Peripato de Atenas, esta admonición: "Que los buenos legisladores se cuiden más de la amistad que de la justicia.

El férreo e indispensable orador Marco Tulio Cicerón solía exclamar: "Sin la amistad verdadera, la vida no vale la pena de vivirla". Baltasar Gracián, el filósofo culterano, laborioso y sutil, apunta en su "Arte de la prudencia", que todo amigo sabio y bueno es útil y grato. Para Voltaire, el íntimo amigo de Federico el Grande, la amistad intelectual y espiritual (no tocada ni manchada por el metal argenteo) es el supremo y más dulce de los afectos. En las amistades desinteresadas hay placeres que no pueden alcanzarlos aquellos que nacen mediocres, ya que éstos no necesitan amigos sino cómplices, como afirma La Bruyere.

Impulsado por un sueño premonitorio y triste nos dirigimos cargados de preocupación, al hogar del ilustre enfermo a quien creíamos encontrar ya muerto. No fué así, todavía vivía y al vernos nos dijo:

—Oh, qué temprano has venido, ¿ya tomaste café?

Poco después se presentó la criada con dos tazas muy aromadas. Yo apuré la mía, con delectación y él sólo probó ligeramente la suya. Encendió un cigarrillo y lo tiró.

—Ya todo me repugna, hasta el café y el tabaco, mis dos grandes animadores intelectuales. ¿Vas a salir lejos de la ciudad?

—¿Usted me necesita?, le pregunté, pensando en un sacerdote, ya que ellos tienen en sus manos las llaves que abren y cierran, no los ergástulos inmundos, crueles y malditos de la tierra, sino las del dulce paraíso, como asegura un Santo Padre cristiano.

—Todos mis órganos están bien, pero la máquina de púrpura me ha fallado.

Y se tocó con el índice, con el dedo omnisciente, como decían los romanos, dos veces el corazón.

—Date la vuelta, que me parece que esto se resuelve hoy. Anoche a las dos de la madrugada me sentí grave. Creí que Caronte, el barquero fatal de los ojos de buho, como dices tú, me pedía el pasaporte. Sin embargo, me acomodé bien en la cama, encendí un cigarrillo y cinco minutos después me dormí profundamente.

Después de un breve silencio, me preguntó:

—¿Qué fué lo que dijiste el otro día respecto de la verdad suprema y armoniosa de la muerte?

—Que el hombre, le dije, después de la muerte es lo mismo que antes de nacer. Que la muerte era una descomposición para volver a componer.

El se sonrió vagamente, y me contestó sin mirarme:

—Sí, tú tienes razón, pero la idea de la podredumbre orgánica repugna y entristece.

Entonces fuimos nosotros quienes sonreímos y le contestamos para desviarlo de su cándida y triste preocupación:

—¿Pero, quién la siente y la vé?

Y como si evocara el "Stoa Poikile, el pórtigo abigarrado de Zenón de Citium, el Jefe de la escuela estoica, dijo:

—Sufre y soporta.

Y agregó:

—El hombre no puede cambiar su destino. Ya libertado de todas las pasiones perturbadoramente humanas, lo mejor es descansar, sí, descansar.

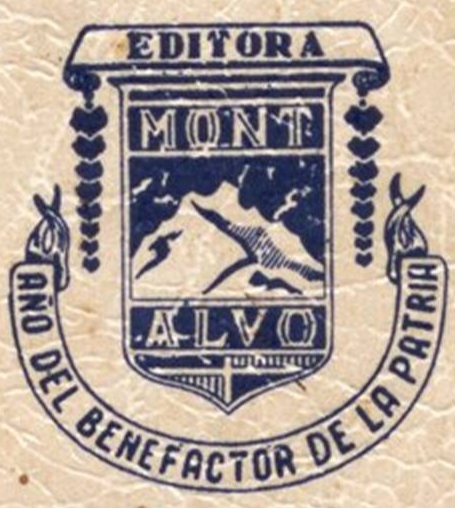
Ya tenía la facies cardio-hepática, mortal, de que nos habla el ilustre clínico Dieulafoy. Me tendió la mano izquierda, la del corazón, ya completamente descarnada y febril y me miró con una mirada irradiante.

Nos pusimos de pie, y por un fenómeno de asociación ideológica, recordamos lo que le dijo Sócrates a su discípulo y amigo Critón, momentos antes de apurar la cicuta amarga e injustamente fatal:

"Abandona este recinto Critón, del que hace poco ordené a todas las mujeres salir, para no verlas llorar".

Bajamos lentamente la escalera con los ojos humedecidos por las lágrimas. No quisimos volverlo a ver....

Este libro fué impreso en la Editora Montalvo, en Ciudad Trujillo, República Dominicana, y se terminó el día 1 de Marzo de 1956.


EDITORA
MONTALVO
AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA